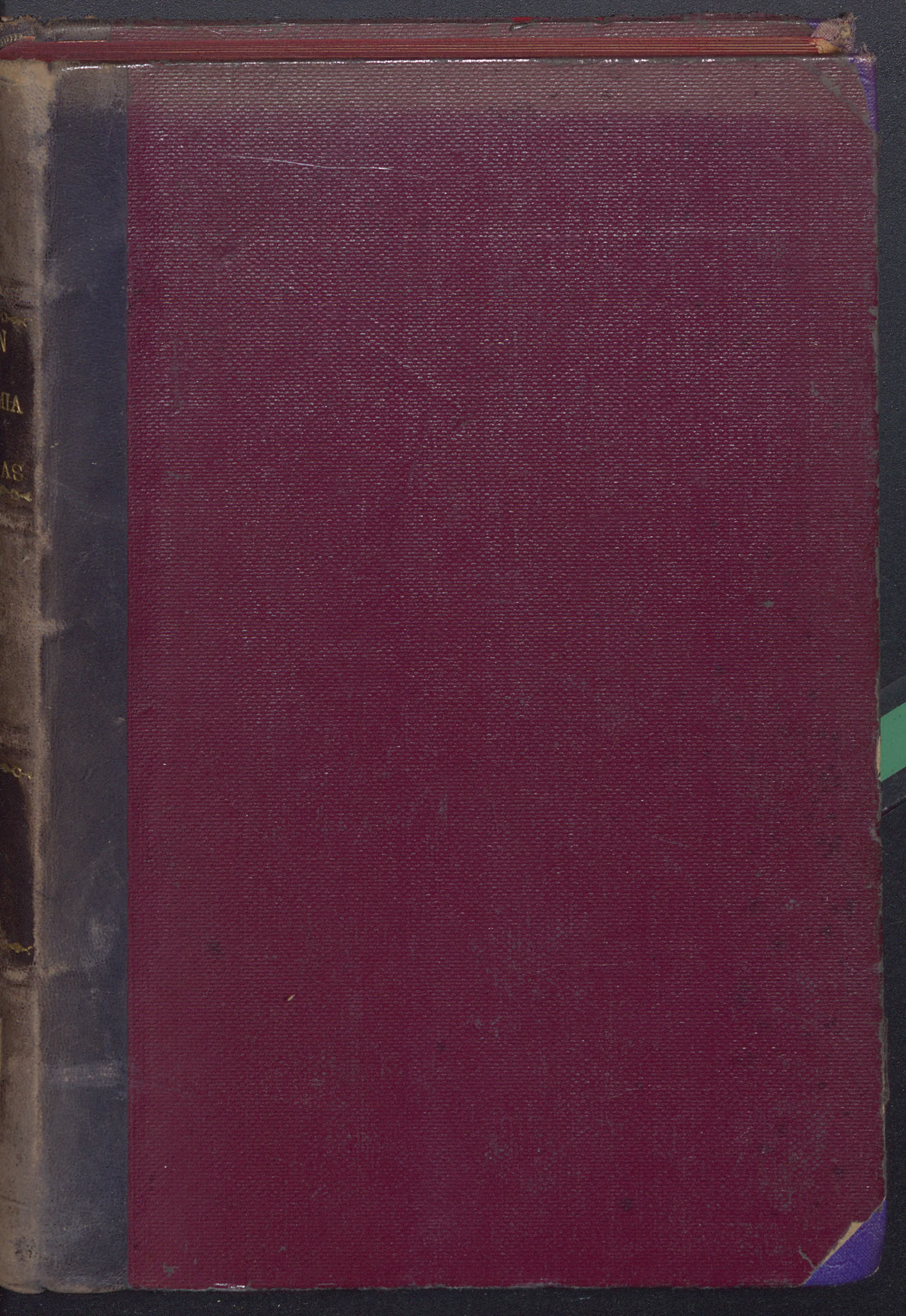
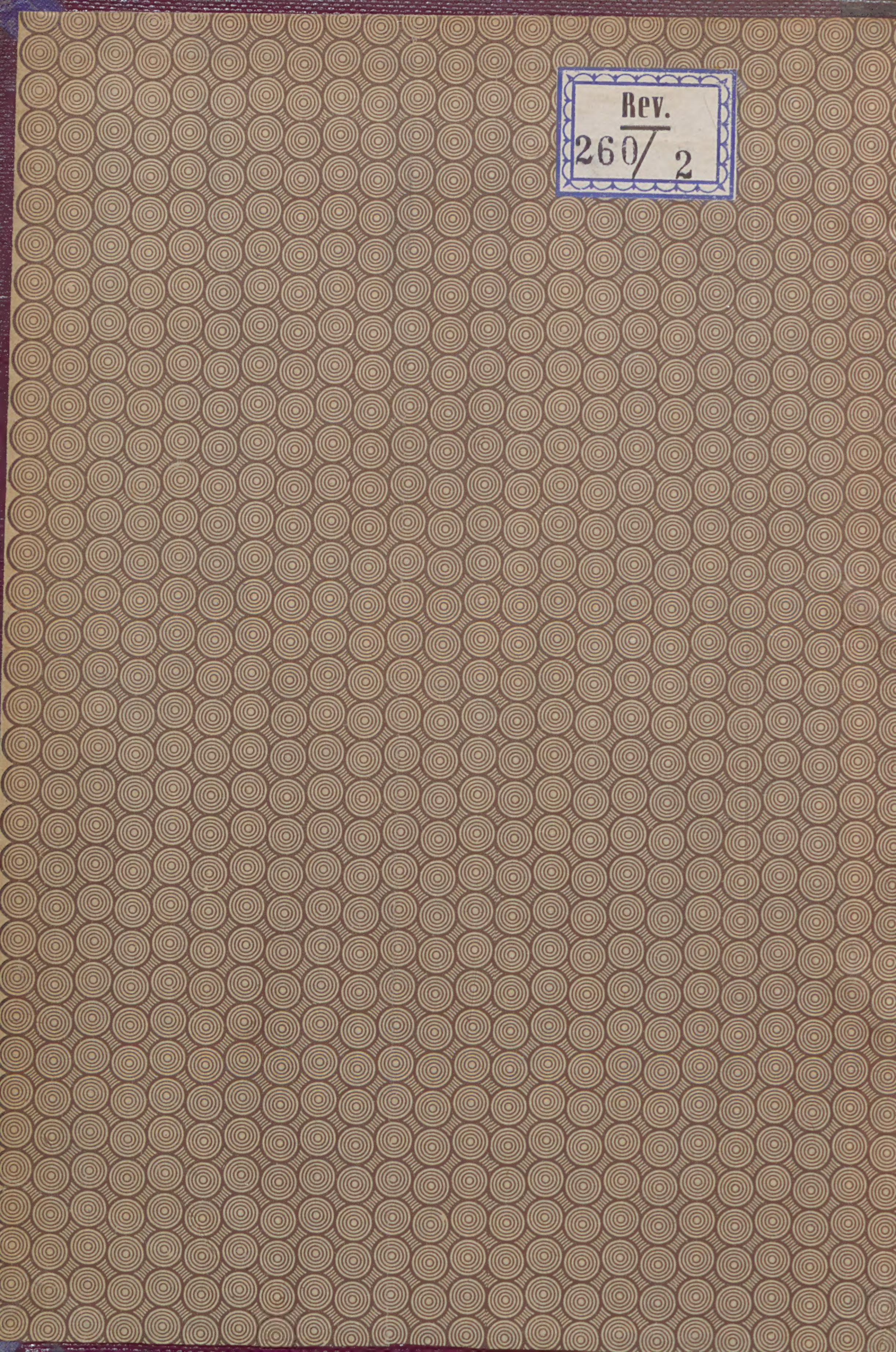



Rev.
260/2



AÑO I.— TOMO I.— CUADERNO I.— MARZO DE 1917

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS



SEVILLA
TIPOGRAFÍA "LA EXPOSICIÓN"
1917

SUMARIO DE ESTE CUADERNO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En España: un año . . . 4 pesetas.
En el Extranjero . . . . 6 —
Número suelto . . . . . 2 —

Toda la correspondencia al señor Administrador.

BOLETÍN

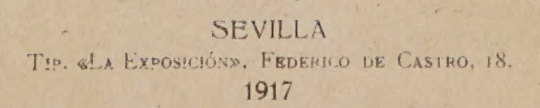
DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

AÑO I.—TOMO I





SEVILLA

Tip. «La Exposición». Federico de Castro, 18.
1917



BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

Año I. Tomo I.—Marzo de 1917.—Cuaderno I

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordó en el pasado mes de Febrero la publicación de un BOLETÍN trimestral, donde se den a conocer trabajos inéditos de los académicos, admitiendo además la colaboración de distinguidos literatos y amantes de las Buenas Letras, que seguramente honrarán nuestra publicación.

Cuando se fundó esta Academia, hace ya siglo y medio, pudo tener vida próspera, tan sólo con facilitar la reunión periódica de los que con mayor empeño se interesaban por el cultivo de las letras y de las ciencias, para que cambiaran impresiones, discutieran sobre importantes temas y divulgaran sus conocimientos, contribuyendo a sostener en esta ciudad su antigua fama de cultura. Hoy las circunstancias han variado radicalmente, porque el cultivo de las letras se extiende cada día más, y la extremada actividad de nuestras modernas costumbres requiere una difusión de la obra literaria, tan rápida y fácilmente asequible, que sólo puede obtenerse utilizando los mayores medios de publicidad que la imprenta ofrece en su creciente progreso.

Todo ello nos impulsa a emprender nuevos derroteros, acomodándonos al general ambiente, en el deseo de evitar que nuestra esclarecida Academia arrastre una vida lánguida y estéril, y que sus sesiones reglamentarias decaigan por su frialdad y escaso interés, y esos son los principales motivos que nos decidieron a emprender la publicación de un Boletín, que estreche los lazos entre los académicos y difunda su labor en el público, al propio tiempo que ofrecer un campo neutral, exclusivamente dedicado a fines de cultura, que todos pueden aprovechar, fomentando recíprocas influencias.



Para dar más interés al Boletín, publicaremos también, con



foliación propia para que puedan encuadernarse aparte, obras inéditas de reputados autores, escogiéndolas entre las muchas que atesoran nuestros archivos y bibliotecas, con lo cual ha de prestarse señalado servicio a los bibliófilos, que encontrarán ocasión de saborear bellezas que hasta ahora no vieron la luz pública.

Este es nuestro plan, que procuraremos seguir, animados del deseo de dar nuevo impulso a la labor académica, aprovechando los esfuerzos de cuantos quieran cooperar en la culta empresa, asignada a la Academia en sus primeros Estatutos, de «facilitar y comunicar los medios de una instrucción general, aspirando a reunir una enciclopedia de Ciencias y Artes, tratada con propiedad, conocimiento y buena crítica.»

Sevilla y Marzo de 1917.

DOS PALABRAS.

Elevado sin merecimientos a la Dirección de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, tócame por deber inexcusable del cargo, escribir las primeras páginas del BOLETÍN, que con plausible acierto y para mayor lustre de las letras hispalenses, ha acordado dar a la estampa la docta Corporación.

Es esta Revista una prueba más, sobre las muchas que pueden presentarse del resurgimiento literario de Sevilla; resurgimiento en el que corresponde parte muy principal a la Academia de Buenas Letras, consagrada al fomento de la cultura sevillana con sus trabajos, sus publicaciones y sus actos.

En los primeros años de la centuria que corre, Sevilla parecía dormitar sobre sus laureles. Existían ciertamente en ella muchos escritores ilustres, algunos de los cuales ya han pasado a mejor vida, cuyas notables producciones constituyen su mejor elogio; pero influenciados, a no dudarlo, por el ambiente individualista, que, aunque en decadencia, dejaba sentir todavía su excesivo predominio, laboraban aisladamente, separadamente, subjetivamente, sin que sus trabajos tuvieran resonancia colectiva. Ni en la Academia de Buenas Letras, ni en la de Medicina, ni en el Ateneo y Sociedad de Excursiones, los tres más importantes centros de la cultura sevillana, se hacía labor que repercutiese en la masa general. Las recepciones de numerarios en las dos primeras, y los Juegos Florales en el último, eran casi los únicos actos de índole pública por donde el movimiento literario de nuestra ciudad se manifestaba.

Que las circunstancias han variado por fortuna, es indudable. La Academia de Buenas Letras dió la pauta, publicando «Sevilla en 1808», de Gómez Imaz, el famoso proceso de Tomás Gutiérrez, gran amigo de Cervantes, con la Hermandad Sacramental de la

Iglesia Mayor de esta ciudad, y «Varones insignes y el Epistolario» de Rodrigo Caro, precedidos de un estudio biográfico crítico por Montoto (don Santiago), y dedicando sesiones públicas solemnes, a Menéndez y Pelayo, con ocasión de su muerte, y a Gustavo Adolfo Bécquer, con motivo del traslado de sus restos a esta capital. A su vez, el Ateneo y Sociedad de Excursiones, sin prescindir de los Juegos Florales, aumentó el número de sus conferencias y lecturas, y ha celebrado una notable serie de aquéllas para conmemorar el tricentenario de la publicación de la segunda parte del Quijote. Y en cuanto a la Academia de Medicina, también en los últimos años ha dado muestras de mayor actividad, con sesiones dedicadas a la admisión de nuevos académicos, y otros actos análogos.

Se opera, pues en Sevilla una fructífera labor de resurgimiento, a cuyo desarrollo debemos contribuir cuantos amamos las Buenas Letras, y en la que actúa con los impulsos y las vehemencias propias de los floridos años, una juventud entusiasta.

Al aportar a esa obra común la piedrecilla de su BOLETÍN, esta Academia hace un llamamiento a todos los escritores sevillanos para que colaboren en la empresa de recabar de nuevo para Sevilla el título de Atenas Española, con que otras veces se la denominara.

J. BORES Y LLEDÓ

DON MANUEL CHAVES Y REY

NECROLOGÍA, ESCRITA EN CUMPLIMIENTO DE ACUERDO DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, POR EL SECRETARIO 1.º DE LA MISMA

DON LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

I.

Escrita está, y primorosamente escrita, la necrología del señor don Manuel Chaves y Rey. En ocasión solemne, el Sr. D. Emilio Llach y Costa pronunció el elogio fúnebre de nuestro inolvidable consocio; discurso que después llevó al folleto, aunque no pudo infundirle la vida que puso en su labor elocuente, porque sabido es que las letras de molde no comunican en tanto grado como la palabra el fuego de la fantasía encendido por la inspiración. Por tanto, estas líneas vendrían a destiempo si no mediasen vuestro mandato y una deuda de gratitud. No olvidaré nunca que Chaves tomó la pluma para escribir en elogio de una obrecilla mía cuando mortal dolencia le aquejaba. Préciome de agradecido, y no se borran de mi pensamiento estas palabras del Príncipe de los Ingenios españoles: «La ingratitud es hija de la soberbia y el mayor pecado que se sabe».

II.

Si alguna vez se escribe la historia de la Sevilla literaria en el siglo XIX, no serán de sus páginas las menos interesantes las que se dediquen al recuerdo de las tertulias que, a imitación de las antiguas academias, con las variantes que el medio social impone, se celebraban en nuestra ciudad, y particularmente, las que

traten de la que llamábamos la tertulia del duque. Muchos de vosotros asististeis en ella, y sabéis —si de puro sabido no lo olvidásteis —, todo lo que voy a decir de una congregación de amigos, maestros unos, discípulos otros, amantes de las letras y de las glorias sevillanas.

El duque—el Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaes Tilly —abría de par en par las puertas de su casa a la persona a quien recomendaban sus aficiones literarias o artísticas; y las recibía sin otra presentación, en su biblioteca, y le facilitaba libros, y le comunicaba cuantos tesoros bibliográficos poseía. No fué su tertulia como otra famosa en esta ciudad, que se celebraba una vez por semana, con asistencia sólo de los «consagrados» y los favorecidos. No se buscaba en ella el teatro donde lucir los talentos propios, leyendo por turno composiciones poéticas u otro linaje de escritos: era la democrática confraternidad de hombres encanecidos en el estudio y jóvenes ansiosos de ganar en buena lid un lugar señalado en la república de las letras. Íbase allí a estudiar y aprender; pero a aprender y estudiar burla burlando, como quien no quiere la cosa; recogiendo la noticia y el juicio ajeno de entre una conversación siempre amena, avalorada con notas de autores que cada cual tenía a la mano, sin más diligencia que sacarlos del correspondiente estante.

Reducido era el espacio, pero bastaba para contener millares de libros, una mesa larga, atiborrada de volúmenes y papeles, y, a su alrededor, unos cuantos sillones; todo antiguo y un si es no es desbarajustado. Y era de ver la parte de las paredes que no cubrían los estantes, o, mejor dicho, no era de ver, porque la ocultaban cuadros, estampas, objetos de arte antiguo y moderno, amén de mil baratijas que recordaban una época, un hecho, una moda, algo, en fin, de la antigua vida sevillana.

Los contertulios entraban en la biblioteca como Pedro por su casa, estuviese o no el dueño; sentábanse a la mesa, y, señores del campo, se entregaban a sus particulares gustos. Unos leían periódicos, y otros hojeaban libros, o hablaban, sin catarse de las tareas de sus compañeros.

A las nueve de la noche, minutos más o menos, el duque tomaba posesión de sus dominios. Saludaba a todos afectuoso, y para cada cual tenía una palabra halagadora.

Era lo primero comunicar la pesca del día, la pesca literaria y artística, se entiende: el libro que halló en el malbaratillo del Jueves, o en la tienda de Bianchi; el papel con que tropezó en una librería de viejo; la miniatura que compró a un chamarilero; el lien-

zo, el retrato, la estampa, el cobre, la espada, la moneda, el sello; los peces todos que cayeron en la remanga. ¡Y cómo gozaba al ponderar el valor del hallazgo! ¡Cómo se burlaba del inocente que, sin saber de letras, trataba en libros, y, sin conocer el arte de la pintura, traficaba en cuadros! Después hablaba de los sucesos del día en la capital—de esto no se prescindía—; y luego, con saludar a los que iban llegando, entregar libros y papeles, y responder a las preguntas referentes a notas bibliográficas, no se daba punto de reposo, en movimiento contínuo y con no interrumpida conversación sabrosa y chispeante.

Sal y pimienta de la tertulia eran los graciosos altercados, que ni una noche faltaban, entre el duque y su hermano, el marqués de Jerez de los Caballeros. Acopiaba éste en su magnífica biblioteca los más peregrinos ejemplares de libros de versos; pudiendo decirse que era, no sólo la más rica de España en autores de poesías, sino también la más interesante por lo raro del mayor número de las obras, al extremo de que el gran Menéndez y Pelayo vió allí ediciones de que antes no tuvo noticia, con ser omnisciente en todo linaje de papeles. A su vez, el duque coleccionaba con preferencia libros de historias de pueblos; y sobre cuál de las dos bibliografías era más valiosa, si la histórica o la poética, o sobre quién fué más afortunado en la disquisición o invención de un número para su catálogo, cuestionaban los hermanos, mostrando conocimientos nada vulgares de la bibliografía española, amén de sutil discurso y palabra viva e ingeniosa. Intervenían en aquellos altercados todos los contertulios, poniéndose ya de parte del uno, ya del lado del otro contendiente; y, a la postre, los que estábamos ayunos de tales conocimientos, sacábamos alguna enseñanza: con que no íbamos ganando poco.

Las aficiones de los hermanos fueron fomentadas por un hombre humilde y laborioso, don José Vázquez y Ruiz, piedra angular de la tertulia; el primero en llegar y el último en despedirse. Este don José Vázquez, a quien debe mucho la bibliografía sevillana, con su ciencia de las Humanidades y su dominio de la historia literaria de Sevilla les allanó el camino para llegar a la meta en que pusieron su pensamiento: la creación de bibliotecas, en que los estudiosos hallasen los libros que en vano buscaban en las públicas, por lo que tocaba a la poesía española y a las historias de pueblos.

Me complazco con esta cita; porque la memoria de aquel literato no se honra tanto cuanto merece; y sería injusticia palmaria que cayese en el olvido en que yacen muchos ingenios sevillanos.

A no sorprenderle la muerte—en ocasión de hallarse en compañía de quien esto escribe, y, cierto, hablando de esta Academia, a la cual fué llamado para ocupar una plaza de académico de número—, aquí, como en lo tertulia del duque, hubiese dado muestras de su erudición y su amor a los viejos papeles sevillanos, cautivándonos en su voluntad con sus extremas bondades.

Todo tenía en la tertulia matiz literario, las veras como las burlas. Recordaré, a este propósito, una broma, de que fuí el cronista, narrándola en un papel titulado: «Relación del caso famoso acaecido en la ciudad de Sevilla a un duque y un marqués, bibliófilos recalcitrantes»: la simulación de una obrita impresa en Córdoba, historia en verso por el R. Fray Enrique de Polanco. Tan bien se urdió la falsedad bibliográfica por algunos contertulios, que el duque y el marqués dieron en el engaño y se disputaron la propiedad del libro, que por igual concordaba con las particulares aficiones de uno y otro. La historieta fué impresa en la oficina de Enrique Rasco, cómplice en aquel delito de lesa bibliografía: el cual tipógrafo, si se acreditó de excelente en su oficio, también probó que era hombre que sabía guardar un secreto. No huelga consignar que Rasco fué el impresor de la tertulia. Cuantas obras dió ésta a luz, salieron de las prensas de aquél, y tan primorosamente aderezadas, que nos parecía haber vuelto a los años en que los Cromberger afamaban la imprenta de Sevilla.

Tampoco viene fuera de propósito decir que muchas de aquellas obras se editaron a expensas del marqués y del duque, y que, contagiadas de su ejemplo, ilustres damas imprimieron libros a su costa, como la Excma. señora duquesa de T'Serclaes—mujer de su marido hasta en las aficiones literarias—, la cual mandó hacer una preciosa edición de las «Coplas de Jorge Manrique»; y la Excelentísima señora Condesa de Valdeinfantas, que hizo imprimir el libro. «Las valencianas lamentaciones». Otras personas conspicuas, influídas por el espíritu que animaba al duque y sus amigos, o publicaron obras a sus expensas, como el señor don Enrique de la Cuadra, o colaboraron en las tareas de «El Archivo Hispalense», como el señor don Agustín Guajardo Fajardo.

Cuando escudriño, deseoso de hallar la verdad, así en las academias y tertulias literarias de los siglos XVI y XVII, como en algunas del pasado, y en ellas veo la fortuna rodeada de aduladores, el sabidillo endiosado, adormeciéndose al blando arrullo del venal aplauso, y los copleros que en el elogio mútuo estribaban su renombre, no vacilo al afirmar que la tertulia del duque se aventajó a

cuantas registran las historias, y dudo que en la actualidad pueda señalarse otra con que compararla.

El buen deseo, el gusto y la afición encaminaban a todos. Asistíamos, no en la casa de un Grande de España, sino en la biblioteca de un grande amigo de los libros españoles. Literatos, poetas y periodistas concurrían a la tertulia; y son de notar dos fenómenos: es el primero, que los poetas se cuidaban muy mucho de no leer sus versos; es el segundo, que no tuvo órgano en la prensa periódica.

No éramos pocos los concurrentes a la tertulia: pero el mayor número asistía en ella breve tiempo: tomaban nota o apunte del libro, recibían contestación a la pregunta, esclarecían el punto en cuestóin y daban por acabada la visita. Los concurrentes, los constantes, los trabajadores, comenzaban entonces sus tareas. Vázquez y Ruiz preparaba la biografía de don Justino Matute y anotaba los manuscritos de la «Academia del Misto», que sirvieron después al marqués de Xerez de los Caballeros para escribir su discurso de ingreso en esta Academia; Gómez Imaz acopiaba materiales para edificar su «Sevilla en 1808»; Valdenebros completaba sus apuntes para «La Imprenta en Córdoba»; Hazañas y la Rúa espigaba en campos de bibliografía para redactar las historias de las Academias Sevillanas y de la Imprenta en Sevilla, y las biografías de Gutiérrez de Cetina y Rodrigo de Ribera; Gestoso preparaba su obra «Sevilla monumental y artística»; Collantes reunía datos para la historia de los Establecimientos de Caridad; la Rosa trazaba el plan del libro de los Seises; Rodríguez Marín urdía la trama de Luis Barahona de Soto y Pedro de Espinosa, y el autor de este escrito aumentaba el caudal de frases y modismos, que publicó en el «Paquete de cartas.»

La tertulia no sólo fué provechosa para la labor individual, también la fué para la colectiva: de ella surgieron importantes publicaciones, entre todas, «El Archivo Hispalense», a que se debe la publicación de libros tan importantes como la «Historia de Sevilla» por Morgado, los «Hijos ilustres de Sevilla», de don Justino Matute, y la «Historia del Colegio Mayor de Santo Tomás».

La tertulia del duque logró noches de gratísima memoria; entre todas, aquellas en que la favorecía con su presencia el maestro de los maestros, don Marcelino Menéndez y Pelayo, de cuyos labios pendíamos, escuchando sus maravillosas enseñanzas; admirados de su erudición sin orillas, de su crítica sutilísima, que lo llevaba a diferenciar en los ápices, no ya un libro de otro libro, sino las literaturas de todos los pueblos y todos los tiempos. ¡Cuánto se

holgaba el gran polígrafo de hallarse en aquel piélago de libros y papeles, ninguno de los cuales le era ignorado, y entre discípulos y amigos que amaban en él tanto al sabio como al hombre! ¡Inolvidables noches aquellas en que, desembarazado de todas las conveniencias y de todos los artificios oficiales, nos abría de par en par su corazón de niño, no menos claro ni profundo que su inteligencia! También gozábamos a las veces del dulce trato y de la palabra regocijada del doctor Thebussem, que nos encantaba contándonos cuentos, o nos refería anécdotas, o nos recitaba capítulos enteros del «Quijote», lo cual no era mucho, porque de memoria se lo sabía todo, o comentaba pasajes de esa misma historia, no a la moderna, esto es, buscando quintas esencias a cosas que no tienen esencia alguna, sino puntualizando los donaires y las agudezas que pasan inadvertidos para el común de los lectores. Otras veces era el P. Mir quien nos deleitaba con la lectura de algunos pasajes de su «Pasión de Jesús», inédita a la sazón, con la crítica de la galiparla moderna y con noticias de libros y autores.

Literato que venía a Sevilla, de grado había de concurrir a la tertulia. Echegaray, Gutiérrez de la Vega, Medina, Serrano, Leguina y cien más pasaron por aquella casa, dejándonos destellos de su saber, y llevándose el cariñoso afecto de los amigos del duque.

Algo faltaría a estos apuntes si no indicase las relaciones entre esta Academia y la tertulia. Muchas veces me preguntaba, hallándome en este lugar: «¿Estoy en la Academia o en la tertulia?»; y, viéndome entre aquellos bonísimos amigos: «¿Estoy en la tertulia del duque o en la Academia de Buenas Letras?». Porque allí y aquí me deleitaba con el trato de Caballero Infante, peritísimo en historia, arqueología y numismática; de Ariza, a quien Osuna debe mucho por sus interesantes averiguaciones; de Alcaide, docto en la historia de las literaturas griega y latina; de Belmonte, historiador y arqueólogo; de Gómez Imaz, eruditísimo historiador de la Guerra de la Independencia; de Gestoso, peritísimo en artes, arqueólogo y literato; de Cano y Cueto, poeta de gran fantasía; de Hazañas, cuanto erudito, laborioso, y de Rodríguez Marín, poeta amantísimo de la musa popular y prosista casticísimo. El caso tiene muy sencilla explicación. Las relaciones de la tertulia y la Academia nacieron de la identidad de aficiones y gustos, y de la analogía de fines. La tertulia fué como la extensión de la Academia: la una influyó en la otra. Lo que aquí no podía ejecutarse, allí se cumplía a maravilla; lo que allí no llevaba el sello que dan la autoridad y los años, aquí lo lograba. Lamentábase la

Academia de no contar con medios para la publicación de libros sevillanos inéditos, de subido valor, y la tertulia los daba a las prensas. Hablábase en la tertulia de cuán honroso sería para la ciudad conmemorar fechas y nombres gloriosos, levantando monumentos o esculpiendo en mármoles inscripciones recordatorias, y la Academia, recogiendo los ecos que de la tertulia partían, celebraba los aniversarios de la Guerra de la Independencia y la muerte de don Pedro Calderón de la Barca; recordaba a Cristóbal Colón en la lápida del paseo de este nombre, y a Cervantes en el mármol puesto en la fachada de una casa de la calle de las Sierpes, y asistía en la colocación de la primera piedra de un monumento a Bécquer, y en la erección de las estatuas de Daoiz y Velázquez. ¿Qué mucho que buen número de académicos asistiese en la tertulia, y que no pocos contertulios del duque, para llegar a esta casa solariega, pasaran antes por aquel saloncito, que no tenía otros adornos que libros y objetos de arte, testigos de aficiones y gustos, cuyo conocimiento importa para apreciar el sentido estético de las generaciones pasadas?

III.

Una noche llegó a la tertulia del duque un mozalbete resuelto, desembarazado, de palabra premiosa, muy andaluz en el cecear, muy desaliñado en el vestir. Al verlo, pensé en un retrato de Larra. Sentóse a la mesa, sacó de uno de sus bolsillos pinceles y lápices; destapó una caja de colores y se puso a pintar sobre un dibujo. Mirábalo yo atentamente, procurando seguir el curso de su trabajo; percatorse él de mi curiosidad, y, sin levantar los ojos de la pintura, comenzó a decir, como dándome la explicación que no me había atrevido a pedirle: «Esta es la procesión del Corpus en el siglo XVI; aquí, la Tarasca; allí, la danza de espadas; delante, los frailes; detrás, los carros de los autos; la clerecia... la Custodia...» Y siguió pintando. Pero duró poco su tarea. Dió paz a los pinceles y comenzó el manejo de la pluma. Borrajeó en unas cuartillas, que guardó luego en un bolsillo de su pantalón; se desabrochó el chaleco, y, como quien dice, de entre cuero y camisa, sacó un papel impreso, que ofreció al duque, diciéndole: «Señor duque, aquí tiene su merced este papelito, que redimí del bodegonero de la esquina. Iba a envolver en él unos trozos de abadejo, y lo arranqué de sus manos pecadoras. Es la relación de un caso curioso, ocurrido el diez y siete; como si dijéramos, un periódico de la



época. En él se refiere el cruelísimo género de muerte que los turcos y los moros de la ciudad de Argel dieron a Juan Ramírez, cirujano de la ciudad de Sevilla, jueves 18 de Marzo de 1666; y está impreso por Juan Gómez de Blas». «¡Este don Manuel—exclamó el duque, tomando el papel redimido—es todo una alhaja!»

Así conocí a don Manuel Chaves, joven entonces, casi niño, pero con los alientos de un hombre apercibido para reñir las batallas de la vida, ganoso de conquistar un puesto, si preciso fuere, a costa de su sangre; infatigable en el trabajar, y con singulares aptitudes para el cultivo de las letras.

¿Quién llevó a Chaves a la tertulia del duque? Lo ignoro, aunque me inclino a creer que no lo llevaron: se bastaba para ir solo a todas partes. ¿Y a cuál parte mejor, que a aquella casa en que, para entrar y disponer como dueño, bastaba el amor a las letras o a las artes? ¿A cuál parte mejor, que al centro de reunión de los hombres que en Sevilla continuaban las tareas de Ortiz de Zúñiga, Espinosa, Morgado, Peraza, Ariño, el Abad Gordillo, Germán y Ribón, Gálvez, Arana de Valflora, Matute, González de León y Velázquez y Sánchez? ¿Donde, como allí, se redimían del olvido y se salvaban del polvo y la polilla los viejos papeles que nos hablan de la Sevilla de los tiempos pasados? ¿Con quién comunicar sus gustos y sus aficiones, sino con los que comulgaban en su amor al tiempo viejo? ¿De quiénes podría recibir lecciones más provechosas? Chaves encontró su centro y se halló como el pez en el agua. La tertulia del duque fué para él Instituto, Universidad y Academia. Aprendió mucho en poco tiempo; recogió en el archivo de su memoria datos y citas que sin fatiga le llegaban a las manos; vió libros y papeles rasos; bebió en fuentes originarias; en una palabra, se aprovechó de la ciencia de todos, y sin el enojo de pasar por el aprendizaje de las letras y la unión de las sílabas, logró leer de corrido. Su amor al trabajo y su voluntad constante pusieron después lo que le faltaba, y de la tertulia del duque salió para entrar en el Archivo Municipal, en la redacción de un periódico y en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, sin ostentar títulos expedidos por los organismos oficiales de la enseñanza española.

IV.

Dichosa casualidad puso en mis manos unos apuntes autobiográficos, que van a facilitar mi tarea. Son obra de un niño que sueña en ser hombre, e imagina que sus hechos lo harán famoso, al extremo de que la posteridad querrá saber puntualmente todos los

pormenores, hasta los mínimos, de su vida, y para ahorrar vigilias a los eruditos, escribe, no ya las mínimas, sino también las semínimas de su existencia. ¡Lástima grande que el autor de las memorias no continuase, hombre ya, la relación de sus aventuras literarias! ¡Son tan interesantes las páginas primeras de la historia del artista y el literato! ¡Importa tanto el estudio del niño para llegar al conocimiento del hombre!

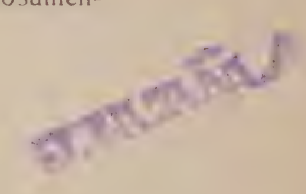
Comienzan los apuntes expresando la fecha y el lugar del nanacimiento del autor—a 31 de Agosto de 1870—; siguen narrando accidentes de la vida del niño, la enfermedad de que adoleció y los colegios en que aprendía las primeras letras, y, al llegar al año de 1876, dicen:

«De ver a mi padre pintar, y asistir algunas veces a su estudio, se despertaron en mí grandes aficiones al dibujo, que era mi distracción, con preferencia a los juegos... Mis aficiones al dibujo—1879—iban en aumento, y me pasaba horas enteras haciendo muñecos, de que reuní, al lápiz y a la acuarela, cientos y cientos. Llamaban poderosamente mi atención los dibujos en colores que publicaban los periódicos satíricos, como «El loro» y «El buñuelo»; naciendo de aquí mi afición a los papeles. Las primeras obras literarias que recuerdo haber leido eran un juguete llamado «El duende», el drama «Diego Corriente», y las comedias «Manolito Gázquez» y «D. Francisco de Quevedo.»

«Mi creciente afición a los papeles—estamos en el año de 1880, cuando el biógrafo de si mismo contaba diez de vida—me hizo dar en escribir un periódico, quizá por haber venido a mis manos porción de números del periódico político «El tio clarín», que se publicaba en Sevilla cuando la revolución.... Escribía el periódico en medio pliego de papel de barbas, que ilustraba con muñecos, y lo llevaba al colegio. Allí, entre otros muchos, eran también condiscípulos mios Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, que acababan de llegar de Utrera para vivir con sus padres en Sevilla; y como ellos también tenían afición a estos juegos de escribir papelitos, fomentaban mi inclinación desmedida.»

Hasta aquí el dibujante de seis años y el periodista de diez. Asistamos ahora en el alumbramiento del poeta. Los apuntes se refieren al mismo año de 1880.

«Un día, en mi casa, teniendo delante una escena del drama «Diego Corriente», me puse a escribir renglones cortos, como los que allí leía, creyendo que había hecho unos versos... A éstos siguieron otros y otros, disparates que yo ocultaba cuidadosamen-



te a mis padres, pasando mis engendros a unos cuadernillos que tenía en grande estima.»

«Las tardes de casi todo aquel año—nos hallamos en el de 1881—las pasé leyendo el «Quijote» y las «Novelas Ejemplares». Y más adelante: «Mi padre deseaba que yo me dedicase al comercio, y colocarme en algún escritorio; pero en vista de mi repugnancia, y viendo mi afición al dibujo, en Octubre de 1883 me llevó al establecimiento tipográfico que en la calle de San Eloy tenía don Enrique Utrera, para que éste me enseñase el dibujo litográfico a pluma, grabado y lápiz, que comencé sin grandes adelantos, pero con gusto, por haberme librado de la casa de comercio.»

Entramos en el año de 1885. «Seguí aprendiendo el dibujo litográfico; pero las pícaras aficiones literarias me tenían a los quince años sorbido el sexo, y sólo dibujaba en la piedra por cumplir, siendo toda mi ocupación leer cuantos libros caían en mis manos y cuantos periódicos me proporcionaba o compraba. ¡Antes se hubiese apagado el sol, que dejar entonces de leer «La Abispa», «La Mosca», «Las Noticias Ilustradas» y, sobre todo, el «Madrid Cómico», en toda su popularidad entonces!... En el verano de 1885—aparece el autor dramático—, cuando los sucesos políticos de las Carolinas, el cólera, etc., etc., varios jóvenes escribimos nada menos que una revista política en prosa y verso.»

Los apuntes terminan en dicho año de 1885, en el cual, según nos cuentan, Chaves leyó y escribió mucho, y dibujó no poco. He aquí las últimas palabras de la autobiografía:

«En Noviembre de este año los hermanos Alvarez Quintero fundaron un periódico que se llamó «Perecito», en ei que yo me disponía a colaborar. Salió el primer número y...»

La relación quedó interrumpida. Quise completar el párrafo, sospechando que no trató de decir otra cosa sino que en el primer número del periódico se publicaron sus versos, y acudí a registrarlo; pero ni el primero ni en otro alguno de la colección hallé poesía suya, ni escrito en prosa por él autorizado: si hallé no pocos versos y artículos de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, las primeras chispas del poderoso ingenio que los llevó a la Escena española para alegrarla y rejuvenecerla con las sales de lo cómico, y darle, en comedias de sana literatura, alto sentido moral y discretas enseñanzas.

V.

¿En qué empleó Chaves su actividad desde 1885 hasta el día en que por primera vez asistió en la tertulia del duque de T'Serclaes?

Sospecho que, sin más preparación literaria que la que lograba al cumplir quince años, la comunicación constante con los hombres que en aquella casa se reunían, encaminó sus aficiones, llevándolas al campo de la investigación histórica, la erudición y la crítica.

En 1891, Chaves aparece como periodista, escribiendo en «El Liberal de Sevilla». Hablen por mí sus compañeros de redacción, y dígannos cuánto se celebraban sus notas anecdóticas y bibliográficas. Actuó en aquel diario más como cronista que como periodista. Si va a decir verdad, ambos oficios pueden considerarse como uno solo. ¿Qué es hoy el periódico, sino crónica viva, caldeada por el medio ambiente, e influída por la opinión pública, en que ella, a su vez, influye con eficacia?

A la muerte del señor don Joaquín Guichot, Cronista de la Ciudad, de muy grata memoria, Chaves le sucedió en su cargo, dando muestras de grande actividad; y aunque no escribió libros de la importancia de los «Anales epidémicos» y los «Anales de 1800 a 1850», debidos a la fecunda pluma de aquel otro cronista, don José Velázquez y Sánchez, cuyo recuerdo también es muy grato, y del valor de las historias de Andalucía y de Sevilla, de Guichot, recogió muchas noticias para continuar las obras de sus antecesores.

A gozar Chaves del bienestar de la vida, que da la calma y el reposo necesarios para que el hombre pueda emplearse, sin requerimientos que lo perturben, en la tarea de los estudios provechosos, su labor literaria brillaría a par de las primeras.

Escribió versos, novelas, cuentos y comedias. Para lírico le faltaba sentimiento exquisito, calor y entusiasmo. Las piezas que dió al teatro son tímidos ensayos; preparación para obras de más substancia. Sus cuentos y sus novelas adolecen de prosaismo. Si, a lo menos, hubiese adornado aquellas sus producciones con los arreos de una dicción castiza y elegante... Pero se curó muy poco, mejor dicho, no se curó, de lo que el autor de «El diálogo de las Lenguas» llama «punticos y primores del lenguaje». Sus lecturas fueron de obras modernas y de papeles viejos, muy ricos de noticias, pero ayunos de toda belleza: ésto, en su mocedad y en la edad viril; porque en su niñez, cuando se construyen los cimientos del gusto y se templa el acero para forjar la espada, si bien leyó el «Quijote» y las «Novelas Ejemplares», se atiborró del indigesto fárrago de noveluchos, perversos por la doctrina, y más perversos por su literatura.

No busquemos arte exquisito o alta inspiración en las obras,

que yo denominaría menores, de nuestro malogrado compañero: malogrado, si, porque murió siendo joven, y de él esperábamos más de lo que nos había dado.

No fué un artista; pero fué un crítico. Su labor bajo este respecto es muy meritoria. Sus estudios referentes a don Alberto Lista y a don José Mariano de Larra, serán consultados siempre, con preferencia a otras obras sobre la misma materia. Sus noticias, pertinentes a Sevilla, dignas son de que se las tenga en cuenta al escribir la historia de esta ciudad. Las monografías que le premiaron Ateneos y Academias, están avaloradas por datos muy interesantes. Su historia de la prensa periódica sevillana es obra modelo, tan erudita como la de Hartzenbusch, referente a la prensa madrileña, y sus numerosos artículos en que pinta a la Sevilla de antaño, literaria y anecdótica, dan la visión de los tiempos a que se refieren. Estudió a los hombres y las costumbres del primer tercio del siglo XIX, y supo trasladarlos a sus libros con los colores de la realidad.

Para expresar con pocas palabras la significación de don Manuel Chaves en las letras hispalenses, diria yo que fué el sucesor legítimo de aquel gran papelista que se llamó don Justino Matute y Gaviria, a quien, si faltó arte para narrar y exponer, en erudición y buen juicio pocos se le aventajaron. Como él, trabajó sin descanso en el periódico y en el libro, amó a Sevilla y prestó buenos oficios a esta Academia. Uno y otro, para ser en todo semejantes, soportaron con entereza los apremios de la vida, legándonos el grato recuerdo de su nombre y algunas páginas para la historia de la Sevilla literaria.

UN MANUSCRITO INÉDITO.

(1808-1816).

En nuestra colección de papeles inéditos referentes a la guerra de la Independencia, hállase la curiosa *Relación de la invasión de los Franceses en España en 1808 e invasión del Reino de Andalucía en 1810*, que copiamos fidelísimamente de un curioso manuscrito que llegó a nuestras manos, procedente del rico archivo del Monasterio de Santa María de las Cuevas, de Sevilla, que hoy lo poseen los señores de Pickman. El manuscrito en folio, encuadernado en pergamino, lleva el siguiente epígrafe:

> † *Este libro sirve para apuntar curiosidades o acaecimientos dignos de recordación, por evitar hacerlo en los Protocolos; según queda anotado en el Indice folio 10.*

Consta de 27 hojas sin foliar, letra del siglo XVIII, y en la primera hoja se encabeza el manuscrito—† *Libro de acaecimientos dignos de memoria. Año 1744;* seguidamente comienza el texto que abarca hasta el año de 1783; luego pasa a referir los acontecimientos de la invasión francesa, cuya relación, que ocupa las diez y siete últimas hojas, es la que publicamos.

Refiérese en ella muy en compendio, con claridad suma y sana verdad, los sucesos políticos que precedieron a la inicua y falaz invasión francesa contra toda ética y todo derecho de gentes, y la ocupación de la península por los ejércitos imperiales, hasta que en 1810 invadieron Andalucía, entraron en Sevilla, y desde este punto la relación, que comprende hasta la total expulsión de los invasores, adquiere sumo interés. Del texto de la relación parece deducirse que el autor de ella fué el Religioso de la Cartuja de Sevilla Fr. Carlos Corona, que en unión de otros Religiosos del

artístico, rico e insigne Monasterio de Santa María de las Cuevas, de espléndida historia, tan ligada a la vida del portentoso genio de Colón, dentro de cuyo recinto reposaron largos años los restos mortales del Almirante, hasta que fueron trasladados a la Isla de Santo Domingo, motivo sobrado para que el Monasterio hubiera sido declarado monumento nacional de haber entre nosotros más ilustrado patriotismo; temerosos, decíamos, de los horrores que cometían los invasores muy particularmeute contra los Regulares y sus ricos y artísticos templos, que tal hacían los que venían a *regenerar* la vieja España, huyeron en número de doce, refugiándose primero en lugares inmediatos, luego en Ayamonte, para de allí pasar a Lisboa y Toro, donde permanecieron, hasta que libre Andalucía de invasores, regresaron a Sevilla el 30 de Septiembre de 1812.

Las amarguras que sufrieron en la emigración, los peligros y abusos de que fueron víctimas, los sobresaltos y peripecias por que pasaron aquellos bondadosos Religiosos hasta su regreso a Sevilla, en que se refiere el estado en que encontraron su rico y suntuoso Monasterio de la Cartuja, convertido en fortaleza por los invasores, profanado y despojado; la cuantiosa plata labrada que perdieron a mano de los enemigos, entre cuyas alhajas contábase la magnífica composición de plata para el altar en la celebración del Corpus, la artística escultura de plata de San Bruno, los valiosos ornamentos y riquísimas telas bordadas, joyas todas inestimables de nuestro arte clásico; todo fué objeto de la codicia de los invasores, y gracias que pudo salvarse el hermosísimo Cristo de Montañés, que bajo la advocación de Jesús de la Clemencia, legado a la Cartuja por el inolvidable Arcediano Leca, hallábase colocado a la veneración de los fieles entre la reja grande y la puerta de la Iglesia. Todo esto constituye una curiosa e íntima página de la historia de la invasión, detalles a los que la historia general no desciende, y servirá al lector para hacerse cargo de manera muy expresiva, de aquella cruenta guerra que duró siete largos años, y si nos colmó de laureles, nos trajo el total desquiciamiento del país y una revolución política latente más de un siglo, cuyas funestas consecuencias aún tocamos hoy.

M. GÓMEZ IMAZ.

—Ante de 1814—Jesús, M.ª y José - Relación breve y compendiosa de la Invasión de los franceses en España el año de 1809, y después el año 1810 en todo este reino de Andalucía, según es notorio por todos los papeles públicos.

Castigans castigavit use
Dominis et morti tradidit me.

PSALMO 117.

Habiendo engañado el mayor de los tiranos, Napoleón Emperador intruso de los Franceses, a nuestro Católico Rey de España Carlos 4.º por medio de su infiel ministro don Manuel Godoy, titulado Príncipe de la Paz, por haberla hecho con el tirano estando nuestra España actualmente en guerra con él, por defender nuestros derechos; se fué entrando con sus tropas numerosas, con el falso pretexto de que venía de paz y que sólo el fin que traía era ir a tomar a Gibraltar y Portugal; así principió a entrar en 1807 sus tropas, y fué tomando por engaño (valiéndose del traidor ministro) las principales plazas que están en las fronteras de Francia, hasta que en el año de 1808, en Marzo, entró en Madrid con sesenta mil hombres; aquí ya conocieron los españoles, y particularmente los madrileños, la traición de nuestra corte, que se entendía con ellos para sus depravados intentos, por lo que se echaron sobre el traidor ministro Godoy y le prendieron, y aun maltrataron, y le hubieran quitado la vida si no porque nuestro Príncipe entonces, y ahora Rey de España Fernando 7.º se puso por medio pidiendo lo dejasen preso hasta examinar todo lo que había en el negocio; en efecto, le perdonaron la vida por respeto del Príncipe; pero no se aquietaron, por cuanto ya veían el pleito perdido, con el motivo de saber que Carlos 4.º estaba enteramente seducido por el traidor ministro, y por los franceses; y los dejaba pasar adelante impunemente; por lo cual se dirigieron al Rl. Palacio donde estaban el Rey y la Reina; y a grandes voces pidieron que renunciasen la corona en el Príncipe Fernando su hijo, pues no querían otro Rey, a lo cual Carlos 4.º accedió, y con esto se aquietaron y lo dejaron, proclamando y jurando inmediatamente a Fernando 7.º Rey de España y de las Indias, por todo el reino.

Así siguió cerca de un mes tomando todas las medidas corres-

pondientes para ver si podía frustar las diabólicas ideas de los franceses; mas éstos, que, estaban en observación de todo, y vieron que los españoles trataban seriamente de defender a su nuevo Rey, su Patria y Religión, de su tiranía, se quitaron la mascarilla y, valiéndose de la fuerza, lo primero que hicieron fué hacer soltar a su amigo Godoy y enviarlo a Francia bien escoltado, para que los españoles no le pudiesen tocar, y después ponerse de parte de los Reyes P. P.[s] a quienes defendieron, diciendo que la abdicación de la corona que Carlos 4.º había hecho, no era válida por cuanto había sido violenta, de lo cual se valieron los Reyes para defender su derecho, y así escribieron a Napoleón lo que pasaba, para que los patrocinase.

Entretanto ya los franceses habían entrado en el reino de Portugal, llevándose consigo las tropas que nos habían quedado, en calidad de aliados, y así entraron hasta en Lisboa, con intención de ver si podían asegurarse a la reina M.ª y Príncipe Regte. con toda la familia Real, como luego hicieron en España, según abajo se dirá; mas los Reyes de Portugal con toda su familia se embarcaron dos días antes que ellos entraran, para el río Janeiro, y así frustaron sus ideas. Mas volviendo a los de nuestra España, luego que Napoleón supo las desavenencias que había, convocó a ntro. Fernando 7.º y a Reyes P. P.[s] para Bayona de Francia en calidad de amigos y aliados, diciendo que deseaba darles un abrazo, y verse junto con sus M. M[s]. pues esperaba que en aquel congreso haría terminasen con todas sus discordias; al mismo tiempo envió otra orn. reservada a el Genl. en Jefe de sus tropas para que en caso de que hubiese alguna dificultad, o resistencia, los enviase bien escoltados de tropa hasta Bayona donde los esperaba. Bien se deja entender el apuro y aflicción de nro. atribulado Rey Fernando, pues en la sazón se hallaba sin nras. tropas que lo pudiesen defender, por cuanto se le habían dado ya a Napoleón, por que las pidió en calidad de aliado con la España; y ya estaba la mitad del ejército ntro. con los franceses en el norte, y la otra mitad en Portugal, por lo cual no sabía que hacerse; pues aunque es verdad que los paisanos y sus guardias estaban dispuestos a defender en partida, últimamente se resolvió a marchar dejándose en manos de la providencia, por evitar la mucha efusión de sangre que habría en sus vasallos, si resistía, pues veía el ejército francés dispuesto para llevarlo a la guerra; y así marchó con bastante sentimiento de todos sus vasallos, que siempre sospechaban malas resultas de esta aparente amistad de Napoleón.

Acompañó a S. M. su augusto herno. el Infante don Carlos y su

augto. tío el Infante don Antonio, a quien por entonces dejó por regte. del reino, también poco despuésse lo llevaron los franceses a Bayona, como también a los Reyes P. P.s y dos hijos que le habían quedado; y de este modo nos dejó sin ninguna persona Rl. que pudiese servir al trono en caso de la perfidia que se temía probablemente, como poco después se verificó, pues luego que nro. Rey Fernando llegó a Bayona y se vió con el pérfido Napoleón, inmediatamente se quitó éste la mascarilla y principió a hablarle sobre la abdicación de la Corona, diciendo que la renuncia que su augto. P. Carlos 4.º había hecho, según estaba informado por el mismo, era nula, porque fué violenta, y que luego que llegasen sus augustos P. P.s se lo haría ver.

Entre tanto los madrileños, como vieron que se llevaban al Infante don Antonio, que el Rey había dejado de regte. del reino, ya conocieron la perfidia de los franceses, y se levantaron en masa, tomando armas contra ellos, y mataron e hirieron bastantes; mas como el ejército francés los tenía cercados y era tan grande, y estaba tan pertrechado de artillería, se arrojaron sobre ellos y los sujetaron y prendieron, particularmente a todos aquellos que habían sido causa del motín, y los llevaron al Prado y allí los arcabucearon. Después Murat, Príncipe de Very, que era el Generalísimo de las tropas francesas, publicó una proclama para que todo el reino lo reconociese a él por regente del reino, y se sugetasen a sus órdenes, poniendo pena de la vida a los que se encontrasen con armas entretanto venía el resultado del congreso de Bayona. En efecto, después de pocos días se supo que luego que los Reyes P. P.s llegaron, los juntó a todos Napoleón para oir a unos y a otros, y viendo que los Reyes P. P.s insistían en que todo lo sucedido había sido un atropellamiento y de ningún valor, aunque todo el reino lo pidiese, como lo pedía (que era lo que alegaba nro. Fernando), preguntó a Carlos 4.º que respecto de hallarse ya tan poca salud y fuerzas para gobernar el reino en el estado en que estaba, lo ponía en manos de S. M. I. y Real para que lo gobernase, esperando de S. M. I. que no lo desampararía. Luego que el tirano pérfido vió esto, que era lo que él intentaba, mandó a los Reyes P. P.s a París, y a nro. inocente Rey Fernando 7.º lo remitió al castillo de Valencey con su augto. hermano el Infante don Carlos y su augto. tío el Infante don Antonio y algunos ministros tanto de lo espiritual como de lo temporal de la Casa Real, donde los dejó arrestados; y luego nombró por Rey de España a su hermano Josef Napoleón primº, mandando que no se reconociese otro, pues ya la dinastía de los Borbones había acabado.

Luego que Murat publicó este decreto de Napoleón, y expidió órdenes para que se le obedeciese bajo gravísimas penas y castigos, los españoles, que ya por todas las provincias habían resistido, luego que vieron esto se levantaron todos en masa, y formaron Juntas Provinciales de Armamento, y principiaron a alistar tropas, jurando y proclamando segunda vez a Fernando 7.º, diciendo que no reconocerían otro, aunque fuera menester derramar la última gota de su sangre; ayudando a esto principalmente los religiosos, tanto con palabras como con obras, por cuanto se sabía que ya en Roma donde ya habían entrado, y en otros reinos del Norte, contra los religiosos descargaron su rabia y su furor, diciendo que ellos tenían la culpa de la resistencia que hacían las provincias y los pueblos contra ellos; y así, lo primero que hacían luego que conquistaban algún reino o provincia, era castigar a los frailes, con pena de la vida a los que veían rebeldes a sus órdenes, y a todos los demás los extinguieron, hasta a el Sumo Pontífice (que Dios guarde) lo quitaron de su trono y se lo llevaron a Francia arrestado, haciéndose ellos dueños de toda la autoridad así espiritual como temporal; y de este mismo modo se portaron en España, arcabuceando primero algunos frailes en Madrid, y luego en otras partes para que escarmentasen los demás; mas viendo que no se aquietaban, no obstante de esto, José Napoleón, rey intruso, luego que entró en Madrid, expidió un decreto de extinción en todo el reino; por lo que luego que se divulgó esto, y que en Madrid, y en Castilla de que estaban ya apoderados por la guerra, veían, no obstante, resistencia, saqueaban los conventos y santuarios de todas las riquezas, y pisaban hasta las sagradas formas, y que hacían de las iglesias caballerizas, y otros muchos desacatos, se tuvo esta guerra no sólo contra el rey y la Patria, sino contra la Religión, por lo que hasta los religiosos y sacerdotes se alistaron en la cruzada que se formó para defender tan santos derechos, mayormente en estas Andalucías y reino de Valencia, y Aragón, que aun estaban libres, y en cada uno de estos reinos, como también en Galicia y las Montañas, se formaron ejércitos para defender cada uno sus fueros, y aunque a la sazón carecíamos de armas y vestuarios suficientes, los ingleses que se unieron con nosotros para defender tan justa causa, nos suministraron con abundancia, según iba ocurriendo la necesidad; y así se principió la guerra más sangrienta y desoladora que se ha conocido; bien que confiando siempre en Dios y en su Santísima Madre como Patrona de estos reinos, cuya causa defendíamos, que nos había de defender y sacar con victoria de todos nuestros enemigos.

No se tardó mucho en reconocer visiblemente la protección del cielo, pues a los dos meses envió el Reg[te] Murat un ejército de sus mejores tropas, comandado por el General Dupont, compuesto de 24.000 hombres con mucha artillería y municiones para tomar la Andalucía; y habiéndole salido al encuentro, en el reino de Córdoba, nras. tropas, aunque inferiores en num[o]. y las nras. visoñas. rechazaron al enemigo, y lo persiguieron hasta cercarlo en los campos de Bailén, donde se dió la primera batalla de q[e] resultó haber quedado todo el ejército francés hecho prisionero de guerra, con todo su equipaje; victoria completa que nos concedió el Cielo la antevíspera de S[ta]. María Magdalena del año 1808, por la que se hicieron en todas las Iglesias, y principalmente en esta Catedral, muchas fiestas en acción de gracias al Todopoderoso; y poco después se siguió otra no menos importante que la prim[a]., pues luego q[e] supo el Rey intruso (que ya había llegado a Madrid) la destruicción de su ejército en la Andalucía, se llenó de terror, y mucho más cuando supo que nrs. tropas victoriosas iban caminando a aquella capital; inmediatamente él y toda la guarnición evacuaron a Madrid, y huyeron por el camino de Burgos; mas nuestras tropas los fueron persiguiendo hasta cerca de Valladolid, mas ya allí habían llegado nuevos y grandes refuerzos de tropas francesas que Napoleón enviaba, noticioso de lo q[e] pasaba; y aunque nro. ejército tuvo con ellos una batalla pensando al principio q[e] no eran tantas las fuerzas del enemigo como se vió, mas tuvo nro. Gen[l]. don Francisco Javier Castaños que retroceder (aunque con bastante pérdida) hasta cerca de Madrid para defender aquella capital; aunque procuraron defender con bastante artillería los puertos de Somosierra, y demás puntos por donde podían entrar; pero Napoleón, q[e] todo su empeño lo tenía principalmente en volver a tomar la capital del reino, vino él mismo en persona haciendo también de generalísimo, con noventa mil hombres, para tomarla a toda costa; en efecto, se presentó su ejército en los puntos fortificados de Somosierra. aquí no se puede calcular la gente que perdió, pues lo mismo era presentarse las columnas de caballería, para querer vencer nras. fortificaciones, que caer a tierra con las descargas bien acertadas de nras. artillerías, y ya también muy caldeados los cañones, no podían ya continuar con tanta actividad como al principio, y como ellos no cesaban de presentar nuevas columnas, por ser su ejército triplicado más q[e] el nro. por último pudieron romper. y nras. tropas se dispersaron, y unas entraron en Madrid para ver si con los paisanos podían hacer allí alguna resistencia. otras tiraron para Segovia, y

otras para la Andalucía, y de esta manera ya sin encontrar embarazo llegó Napoleón hasta Madrid donde al querer entrar con sus tropas, también perdió mucha gente por la grande resistencia que encontró en el pueblo unido con las pocas tropas que allí habían quedado: mas al fin se apoderó segunda vez de Madrid, a últimos del mismo año de 1808, y principió a vengarse de la rebeldía (según él decía) de los madrileños, y a sujetarlos a nuevas penas.

Después, luego que dejó en Madrid la guarnición suficiente, envió una división de doce mil hombres a Valencia para ver si podían tomarla; pero los valencianos los rechazaron cuantas veces lo pretendieron, con bastante pérdida, y por entonces no pudieron tomarla, y lo mismo sucedió en Zaragoza, con otro ejército que fué por otra parte para tomarla, pues cuasi todo él pereció allí a manos de nuestras tropas, que unidas con los paisanos se defendieron hasta lo último; mas viendo esto, Napoleón metió nuevos ejércitos en España, y al fin por la fuerza hizo rendir así a Valencia, como a Zaragoza, y lo mismo hizo con las Montañas de León, de Asturias y de Santander, todo con pérdida bastante, por que en todas las provincias los esperaban armados; pero quien más tenaz fué en defenderse, fué el reino de Cataluña, pues no obstante que ya los franceses le tenían las principales plazas tomadas a traición, y que metieron allí un ejército respetable para tomar las que faltaban, y apoderarse de todo el principado, ellos se defendieron hasta lo último, matándoles muchísima gente, particularmente en el sitio de Gerona, donde resistieron, hasta q^e no teniendo ya nada q^e comer ni que beber, se rindieron a la fuerza.

En Galicia metieron un ejército de sesenta mil hombres, mas como el reino es tan grande, y tan apropósito para defenderse, por las muchas sierras y montañas que allí dominan, las tropas con los paisanos, al fin, pudieron rechazarlos, matándoles muchísima gente, y no pudieron allí mucha mansión. Mas en medio de haberse apoderado ya de estas provincias que he dho. no cesaban de levantarse los españoles en todas ellas, ya formando divisiones, ya partidas, que uniéndose unas a otras formaban un cuerpo respetable que les daban siempre que hacer muchísimo, y así siempre estaban en guerra la más sangrienta. Especialmente los pueblos tuvieron con esto mucho que sufrir, porque entraban los enemigos a degüello, y saqueaban todo; por lo cual tuvieron muchos que huir ya a los montes, o ya a estas Andalucías que estaban libres; particularmente los religiosos, que eran los más perseguidos, se refugiaron muchos a estos conv^tos., algunos de las Cartuxas de Burgos y del Paular se vinieron, unos a esta S^ta. Casa.

otros a la de Cazalla, y otros a Xerez y a Granada. Todo esto duró hasta fin del año de 1809, en que ya intentaron los enemigos juntar un buen ejército para invadir las Andalucías, porque aunque ya habían perdido la mitad de sus tropas para conquistar lo que ya llevo dho. no cesaban de venir de Francia otras de refuerzo, y así aunque nos veían tan obstinados y firmes en defendernos, siempre seguían con la confianza de que por la fuerza, al fin, nos habían de dominar en todo el reino.

Bien se conoció todo ésto por la Junta Central de todo el reino, que residía en esta Ciudad de Sev.a desde que salió de Madrid; y así no cesaba de recoger dispersos, y alistar nuevas tropas para formar un buen ejército y salir al encuentro del enemigo; en efecto marchó n.ro ejército y habiendo llegado a Ocaña donde esperaba el enemigo, se dió la batalla, mas por nuestra desgracia aunq.e n.ras fuerzas eran tan grandes como las del enemigo, perdimos la acción y nos tomaron prisioneros la mitad de nuestras tropas, y la mitad se dispersaron, y se apoderaron de toda la artillería, y de todo lo demás que allí había, en 20 de Diz.re de 1809. Desde esta desgracia principiamos todos a caer de ánimo, y nos consentimos que perdido n.ro ejérc.to de Andalucía, en quien confiábamos (después de Dios) no tendrían ya embarazo los enemigos, de entrar en este reino que ellos tanto deseaban. En efecto, no obstante que se defendieron los puertos de Sierra Morena y Despeñaperros con los dispersos que se pudieron juntar con los paisanos y bastante artillería que se condujo de esta fundición, al fin, como eran sesenta mil hombres los que venían, pudieron romper por el Almadén, y luego por otras partes, de suerte que el 20 de En.o de 1810 ya estaban cerca de Córdoba, y como no había ejercit.o capaz de resistirles, se iban sin embarazo acercando hasta esta Capital, y la mitad del ejerc.to para Granada. Aquí nos vimos en el mayor apuro que se puede imaginar, porque unos decían que era menester defender la Ciudad a toda costa, y para esto la cercaron de muchos fosos y baterías, mas otros decían que todo eso era en vano, que no había resistencia para resistir al enemigo, y de consiguiente que era una temeridad oponerse. Otros llenos de terror por las muchas atrocidades que sabíamos habían hecho en otras partes, no pensaban más que en huír, y así todos estábamos fluctuando sin saber que hacer; por lo que respecta a esta comunidad, lo que sucedió fué, que luego que tuvimos aviso el día 24 de que los franceses estaban ya en Córdoba y que no había resistencia hasta Sevilla, inmediatamente nos dijo n.ro Prelado el V. P. D. Fran.co Doming.z que dispusié-

ramos cada uno lo que tuviésemos por conveniente, para lo cual nos llamó a la receptoría, y habiendo manifestado el dinero que allí había, haciendo partes iguales nos dió 2.455 r.s para costearnos cada uno, según el destino que quisimos tomar. En efecto, n.ro Padre Prior, y otros P. P.s y Religiosos legos pensaron en quedarse aquí, y en efecto se quedaron para seguir su suerte; yo no tuve valor para eso, por no ver a los enemigos, y por que no me quitasen el S.to Abito que tanto me había costado, y que tenía con tanto gusto; y como ya el Rey intruso nos tenía extinguidos, y a todos por un decreto expedido en Madrid, como arriba dije, no podía esperar otra cosa, y así aquella misma tarde del 24 de Enero (1810), salí de aquí con otro padre compañero a hacer noche en nro. cortijo de Esteban de Arones, donde encontramos ya el P. Pror. 2.º que también iba ya huyendo de los enemigos. Por la madrugada llegaron del mismo otros tres P. P.s que juntos con el dcho. P. Pror. se encaminaron a la sierra luego que fué de día, para buscar cada uno su casa. Poco después que habían salido, llegaron otros tres P. P.s jóvenes a unirse conmigo, y por la tarde salimos de allí todos cinco para la Dehesilla para estar allí más retirados, esperando a ver si tal vez rechazaban al enemigo nuestras tropas y paisanos que estaban disp.tos para ello, y así volvernos más pronto a nuestra Casa. Entretanto nuestro P. Prior hizo conducir toda la plata y ropa de Iglesia a nro. cortijo de la Dehesilla donde estábamos para ver si la podíamos escapar de los franceses embarcándola para Cádiz: mas cuando ya estábamos haciendo diligencias del barco para embarcala, vino el religioso lego del cortijo que estaba en la Puebla, avisándonos que ya estaban los franceses escopeteándose con los nros. en la Macarena; por lo cual llenos de miedo, en aquella misma hora, que era cerca de la noche el 28 de Enero, partimos de allí los cinco P. P.s y un religioso lego que se había unido con nosotros, llevándonos los cajones de plata, y algunos ornamentos de Iglesia, con las bestias que teníamos, dejándonos todo lo demás en poder del religioso del cortijo, y tomamos el camino de vuelta para ver si encontrábamos allí embarque para la Cartuja de Mallorca, que era entonces la única que estaba segura, y habiendo llegado a Bollullos del Condado, sin saber como, aquella noche, segunda de jornada, se incorporaron con nosotros cuatro P. P.s jóvenes, y seis que ya estábamos allí, nos juntamos diez, y todos juntos llegamos hasta Huelva, mas no encontramos proporción en embarcarnos por estar aquél pueblo muy alborotado; por lo cual al otro día por la mañana partimos de allí para los Castille-

jos, donde estuvimos cuatro días esparando razón cierta de si habían entrado o no los enemigos en Sev.ª, mas luego tuvimos aviso que habían entrado el primer día de Febrero, y en el mismo día que fué el día 8, luego que el Mro. de Novicios y otros dos nuevos, que estaban cinco leguas de allí en su pueblo, se reunieron con nosotros, pensamos en retirarnos al reino de Portugal donde ya no había franceses ningunos, por haberlos hecho capitular los ingleses que pudieron desembarcar en Lisboa seis meses había. Y así, salimos todos doce, que estábamos animados de un mismo espíritu, a correr la suerte que el Altísimo nos tenía ya preparada. En efecto, al día siguiente ya fuimos a hacer noche en el primer pueblo que encontramos del reino de Portugal, llamado S.ta Ana de Canbas, donde fuimos bien recibidos, especialmente de los eclesiásticos que nos llevaron algunos a su casa y nos atendieron bien, en cuanto podían, compadeciéndose de nosotros por la causa que llevábamos.

En cuanto a la plata de iglesia, particularmente la composición de Corpus, y la estatua de N. P. S. Bruno, y muchísima ropa de iglesia, y refectorio, y de prioral que dejamos como ya dije en nro. cortijo de la Dehesilla, cuatro días después, llegaron allí tres P. P.es antiguos, y lo embarcaron todo para Cádiz; mas los enemigos que se habían adelantado ya luego que tuvieron a Sev.ª segura, para tomar los puertos (y aún Cádiz si hubieran podido) habían ya tomado posesión de San Lúcar, y al pasar por allí dhos. P. P.s con su embarcación, tuvieron la desgracia de que todo se lo quitaron, y a los P. P.s los dejaron medio desnudos, y así llegaron a esta Ciudad cuasi pidiendo limosna, y ultimamente tuvieron que refugiarse al Convento de Sn. Diego que servía de hospital de desvalidos y enfermos, donde al fin murieron los dos a los dos años, y el otro Padre que había sido prior aquí muchos años, y muy ejemplar, también murió allí a los tres años y medio. Nosotros también estuvimos muy expuestos en el tránsito hasta Portugal, a que nos quitasen las bestias, y cuanto llevábamos, por haber encontrado los pueblos levantados, y muy desordenados en aquellas circunstancias, por cuanto ya el Gobierno q.e había en Sev.ª se había disuelto y cada uno había procurado huir por donde pudo, temiéndose de los franceses, por lo qual algunos pueblos se tomaban la libertad, en medio de aquella revolución, de echarse sobre lo que no era suyo; y así tuvimos algunos encuentros de estos, y fué necesario que algunos eclesiásticos y religiosos se presentasen delante de nosotros, particularmente en tres pueblos, para que nos dejasen salir libres; mas, sobre todo, el

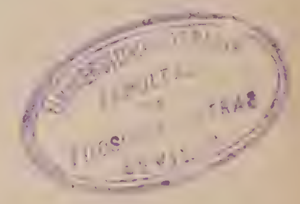
peligro grande que tuvimos, y del q[e] Dios por su bondad nos libró, fué que habiendo entrado en los Castillejos un batallón de tropas nrs. un día antes de salir nosotros para Portugal, estuvieron ojeando las bestias, y todo lo llevamos, con demasiado cuidado y afecto, mas no atreviéndose a más por respeto del pueblo que estaba allí a nro. favor, luego que el día siguiente salimos nosotros de allí, con dirección al Granado, último pueblo de España para entrar en Portug[l], apenas habíamos andado una legua cuando enviaron los jefes un piquete de soldados a nro. alcance para quitarnos lo que llevábamos; mas aquí fué el prodigio; preguntaron a unos que encontraron antes de llegar a los dos caminos que se separan, uno para Ayamonte y el otro para el Granado, cual camino llevábamos nosotros, y el hombre (o más bien diré yo un Angel) respondió que el camino que habíamos tomado era el de Ayamonte, por lo cual siguieron el camino de Ayamonte, y de este modo nos libertó Dios de caer en sus manos. Así mismo nos libertó el Señor de algunas desgracias corporales que probablem[t] pudieron haber sucedido hasta este primer pueblo de Portugal, por los ríos que tuvimos que pasar y cuestas muy pendientes, montados a caballos padres en pelo, sin estar enseñados a eso, y no obstante de la carga que traían venían como unos corderos, y pues todo esto no se puede atribuir a causas naturales, sino a sobrenaturales, sean dadas gracias infinitas al Altísimo, porque así de estos peligros, como de otros, nos libró, por su infinita misericordia.

Desde este pueblo primero de Portug[l.] nos dirigimos toda la procesión de doce, y cuatro criados que llevábamos, a la Cartuja de Ebora, donde llegamos a mitad del mes de Febr[ro.] y no obstante de los ladrones que decían habían en el camino, y encuentros que tuvimos de gitanos, en que estuvimos en peligro, llegamos sin novedad, y fuimos bien recibidos de aquella Comunidad; pero no pudimos descansar allí más que dos dias y medio, por cuanto hubo allí noticias que los franceses estaban ya en Olivenza, once leguas de dicha ciudad de Ebora, y se temía con fundam[to.] que pronto llegarían allí, con cuyo motivo nos encaminamos a la capital del reino, que entonces era la fortaleza más segura que había. Ya se deja entender lo que llamaba la atención de todos los pueblos por donde pasábamos el ver una procesión de religiosos y seglares, tan grande; pero, sobre todo, en la entrada en Lisboa, pues luego que llegamos fué tanta la gente q[e] se juntó en el muelle, para vernos, y ver los caballos padres que llevábamos, que admirados de ver un espectáculo tan extraño lo divulgaron por toda

la ciudad, y lo pusieron en el diario, por el cual se publicó en todas partes; nosotros luego que tuvimos licencia desembarcamos en tierra con el equipaje q.e llevábamos, y nos fuimos a hospedar a casa de un paisano donde estuvimos 8 dias con bastante incomodidad por ser la casa tan chica que apenas cabíamos, y por lo mucho concurso y bulla que por las calles había, por lo cual lo primero que hicimos fué ir dos P. P.s a dar aviso a la Cartuja de Lisboa, que distaba de allí tres leguas, para ver si nos podíamos colocar allí, y en efecto el V. P. Prior envió al otro dia al P. Pror para visitarnos, y presentarnos en primer lugar al Sr. Obispo de Oporto, que a la sazón era Patriarca electo de Lisboa y presidente de la Regencia del Reino, y para nra. dicha, Monge Cartujo de Ebora; con efecto, fuimos todos embarcados hasta su palacio, que distaba de nra. habitación dos leguas; cuanto llegamos y le pasamos recado que queríamos besarle la mano, dió orn. para que pasásemos hasta su sala de estrado; allí tuvo que ver la ternura con que aquel señor nos recibió y nos abrazó, luego que nos vió que era de su misma Orn; luego se puso a contarnos uno por uno, y viendo que eramos doce, num.o misterioso, exclamó ¡Oh apostolado Cartujano! Después nos mandó sentar, y se fué informando por menudo de todo; le dijimos como entre los doce veníamos ocho sacerdotes, un diácono, un subdiácono, un minorista, y un religioso lego; que traíamos una poca de plata que habíamos podido libertar del enemigo, y juntamente las bestias y caballos padres que nos condujeron, y le replicamos que así de nosotros como de todo lo demás, dispusiese lo que tuviese por más conveniente, según las circunstancias en que nos hallábamos; pues todos nos poníamos debajo de su protección; en vista de esto preguntó q.e quien hacía de cabeza entre nosotros, a que respondió el P. Mro. de Novicios, que respecto de no venir con nosotros el P. Prior, ni él P. Vic.o yo, que soy el que escribo esto, era el P. más antiguo; entonces el Sr. Patriarcha me retiró aparte a otra sala, y tambien al P. Pror. y me estuvo preguntando que cuantas arrobas de plata llevábamos, y cuantas bestias, yo le respondí de todo y le supliqué nos facilitase el hacerlo dinero para mantenernos todos reunidos, si podía ser dentro de la Cartuja, hasta ver en que paraban estas cosas; a que contestó el Sr. Eminentísimo con la afabilidad más benigna, que lo haría así, y en efecto desde luego le dijo allí al P. Pror. que le dijese al V. P. Prior nos habilitase en la Cartuja donde poder estar, y juntamente envió a su mayordomo a la casa de la moneda para disponer la fundición de la plata que llevábamos, como también vender las bestias mulares, y luego nos despidió a todos

muy consolados al ver su gran ternura y benevolencia, de que le dimos repetidas gracias, y luego nos volvimos a la casa del paisano, hasta que a los 4 días subió el V. P. Prior al P. Pror. para llevarnos allá: comprando primº. un jergoncito cada uno para la cama, y todos los demás avíos para girar la comida y mantenernos allí por nra. qta., no porque tenían falta de voluntad los P. P.s de mantenernos si hubieran podido, sino por ser la Casa tan pobre, que apenas les alcanzaba a ellos lo que tenían. De este modo se fueron primº. diez de los compañeros el día de Sn. Matías al Monastº. y dos nos quedamos en la casa, para evacuar el asunto de la plata y bestias; en cuanto a la plata pudimos sacar de la casa moneda la mitad fundida en moneda, y en cuanto a las bestias vendimos las mulares, y por lo que respecto a la demás plata y cuatro caballos padres el ministro español q.n tenía allí la Regencia que se había establecido en Cádiz para disponer la defensa del reino, nos lo embargó todo, diciendo que como vasallos de Fernando 7.º debíamos dejarlo todo para ayudar a la defensa de la Patria que estaba en tanto apuro, con la gral. de cuasi todas las Provincias, y nos riñó agrimte. por no habernos presentado a él desde luego con todo lo que llevábamos; con cuyo motivo no obstante que le respondimos todo lo que había al caso en aquellas circunstancias, viendo que se mantenía firme, nos retiramos por entonces, y nos fuimos a la Cartuja, donde fuimos recibidos de nros. hermª. con mucho amor y ternura. Mas como allí no había más que tres celdas vacantes en el claustro, y no cabíamos todos, nos pusieron a la mayor parte en la hospedería, donde se dispuso una cocina, con todo lo demás para guisarnos la comida, y una salita para refectorio, y en lo alto dormíamos; también asistíamos al coro, de día y de noche, y hacíamos las redomadas que nos tocaban por orn. Entretanto, no olvidándonos de la hacienda que se nos había quedado embargada en Lisboa, salimos dos para presentarnos al Sr. Patriarca, e implorar su patrocinio en aquel apuro en que nos hallábamos, y en el momento luego que le contamos lo que nos pasaba con el ministro español, lo mandó llamar, y le dijo cuanto hay que decir a fin de que nos entregase lo que era nro. y no del Rey, como él decía; mas nro. Ministro estuvo tan duro y tan inexorable, que no hubo forma de sacarle nada, antes si dijo que iba a dar parte a la Regencia. Esto nos precisó a salir dos para Cádiz, para hacer presente a la Regencia la vejación que dho. ministro nos estaba haciendo, e implorar su favor, y al fin lo que ordenó fué que diha. plata, ya reducida a moneda, continuase depositada, y de dho. dinero se fuese

dando un diario para mantenernos regularmente, y los caballos padres se depositasen en las caballerizas R. R.s del Príncipe, hasta volverlos a España luego que estuviésemos en paz, a fin de que sirviesen para encastar. Con esta resolución de la Regencia se volvieron los dos P. P.s, y a vista de ella no tuvimos otro remedio que conformarnos con la voluntad de Dios que así lo permitía, y todo para nro. mayor bien, pues en medio de tantos temores de los enemigos, por las malas noticias que todos los días había, que se iban aproximando otra vez a Portugal, ni aun en Lisboa nos parecía que estábamos seguros, y si hubiéramos recibido todo el dinero que nos tenía embargado el ministro, ya teníamos pensado el embarcarnos, unos para las Américas, y otros para Mallorca, y otros a Canarias, y aún estaba la embarcación ya buscada, y aún cuasi ajustada, mas esta disposición de la Regencia desbarató todos nros. planes, y el que nos dispersáremos; y por este remedio dispuso la Div.a Providencia que nos mantuviésemos reunidos en aquel S.to Monasterio donde íbamos tomando nro. asignado para mantenernos, de dos en dos meses. Ya llevábamos así siete meses, cuando vino la noticia desgraciada de que los franceses después de tres o cuatro meses de sitio habían tomado la plaza de Ciudad Rodrigo; luego habiendo reunido un ejército de noventa mil hombres entraron segunda vez en Portugal, y a pocos días tomaron a la plaza de Almeida, después a marchas forzadas llegaron hasta Coimbra, donde tuvieron un choque con el ejército inglés, y portugués, y aunque fué muy sangriento particularmente para los enemigos, tuvieron que huir los portugueses y ingleses, para las fortalezas que habían hecho en Lisboa, quemando y asolando cuantos viver.s encontraban en los pueblos por donde pasaban para que el enemigo no hallase q.e comer en parte ninguna; más no obstante esto, los franceses continuaron su marcha, y llegaron hasta seis leguas de Lisboa a principios de Oct.re de 1810; aquí los estaban esperando los portugueses, ingleses y españoles, con un ejército cuasi igual al suyo, y con tres líneas de fortificaciones. Mas no obstante esto, ya se deja discurrir el apuro tan grande en que nos veríamos aquí, pues ciertamente fué el mayor que tuvimos, y mucho mayor cuando habiendo salido a Lisboa el P. Mro. y yo, a buscar alguna embarcación para salir de allí, y huir del peligro próximo en que estábamos, no encontrábamos ninguna, con el motivo de haber dado orn. el gobierno para q.e ninguna saliese de la bahía hasta ver el fin de los dos ejércitos, para que en caso de perder la batalla los nuestros, tener el gobierno y las tropas donde embarcase y huir los que pudiesen; a esto se



agregó en estos días un temporal tan desecho, de agua y vientos, truenos y relámpagos, que parecía que se iba Lisboa a hundir: la mar también daba unos bramidos que se quería tragar la tierra, de suerte que toda la ciudad estaba consternada, y los dos que estuvimos aquellos tristes días y noches en el Hospicio de la Cartuja estábamos temblando a vista de esto, y del temor de q.e entrasen los enemigos de un instante a otro, y nos cogiesen allí; pero al fin quiso Dios que a pocos días el tiempo se serenó, y pudimos encontrar una embarcación que había conseguido licencia del gobierno para salir, por quanto iba cargada de armamto para los Algarves; esta fué la embarcación que Dios Nro. Señor nos facilitó para sacarnos de aquel ahogo en que estábamos, y traernos a puerto de salvación, con este motivo nos fuimos a despedir de los P. Ps. de la Cartuja, y a darles las gracias por la buena acogida que nos hicieron, y por lo mucho que contribuyeron en en cuanto podían a nra. subsistencia, especialmente en facilitar con el Sor. Patriarca que ordenase a un diácono que iba entre nosotros, de sacerdote, el cual cantó misa en la Cartuja al mes de haber llegado allí. A vista de esta despedida, los P. P.s se enternecieron mucho, por cuanto nos amaban y querían como a hermanos, y juntamente quedaron muy contristados por el gran temor que tenían que los enemigos entrasen; por lo que ya estaban también echando sus medidas para embarcarse para las Américas Portuguesas. Después nos fuimos también a despedir de otros amigos que allí y en la Ciudad nos habían hecho bien, particularte. del Sr. Patriarca, y su compañero que también era cartujo, dándoles las gracias por los muchos beneficios que nos habían hecho. Luego fuimos a ver a nro. ministro p.a suplicarle nos diese el dinero que tenía nro. en su poder, con el motivo de nuestra retirada, mas no conseguimos nada, solamente lo que nos dió fué el pasaporte p.a salir, y como nos urgía tanto el salir cuanto antes, dimos a todos de mano, por entonces, y nos dispusimos para embarcar; en efecto el día 21 de Octe. de 1810, día de las Once Mil Virgenes, salimos de Lisboa, y principiamos nra. navegación para Faro, capital de los Algarbes, diez leguas de Ayamonte, que era donde venía destinado el barco.

(*Se continuará.*)

D. ALBERTO LISTA Y D. RAFAEL DE ARAGÓN

(OCHO CARTAS INÉDITAS DE LISTA).

Debo a la bondad de mi prima doña Dolores de Aragón y López, hija de don Rafael, el haber tenido ocasión el verano pasado, en Sanlúcar de Barrameda, de copiar las cartas del sabio maestro e insigne poeta, que motivan este trabajo.

Es indispensable para la mejor inteligencia de las cartas, dar una noticia biográfica de don Rafael de Aragón, y esto con tanto más motivo, cuanto que se trata de un sevillano ilustre, tan poco conocido, como digno de serlo, que, juntamente con don Antonio Blanco, después ingeniero naval, fué el mejor discípulo de matemáticas que don Alberto tuvo, cuando en su vejez ocupó una cátedra de la Universidad de Sevilla.

Que Lista juzgaba a su sobrino y discípulo, cuando éste era aun muy joven, digno de formar parte de nuestra Academia, lo expresa en una de sus cartas; y que no le cegaba el cariño de familia, lo demostró éste con hechos durante toda su vida.

Nació don Rafael de Aragón y Rodríguez en Sevilla, en 21 de Junio de 1827, en casa perteneciente a la parroquia del Sagrario, próxima a la Puerta del Arenal. Fué hijo de don Rafael de Aragón y Bravo; sevillano también y descendiente de una familia noble con solar en la Algaba, y de doña Ana Josefa Rodríguez, natural de la villa del Rosario de Cuenca en el antiguo Reino de Santa Fé, hoy Nueva Granada (1). Quedó huérfano de padre siendo pequeño.

Su vocación por la marina se manifestó desde niño, según me consta por el testimonio de mis tíos maternos, sus primos hermanos don Ramón y don Manuel de Aragón, en compañía de los cuales, especialmente del segundo (que luego fué pintor paisajista de bastante mérito, discípulo de Barrón), construía barquitos de

(1) Datos procedentes del árbol genealógico que posee su hija doña Dolores, y que sirvió para acreditar la limpieza de sangre, al ingresar en la Marina Real.

todos modelos, de los que he conocido algunos que eran verdaderas obras de arte y de estudio, dignas de figurar en un museo. También fundían cañones y morteros, balas y bombas, con pastel de imprenta, demostrando aptitudes excepcionales en muchachos menores de quince años. A la vez empezaba a ser aventajadísimo estudiante de matemáticas.

A pesar de ser hijo único, y venciendo la natural resistencia de su madre, se embarcó como agregado en un bergantín, de los que hacían la carrera de Cuba, dispuesto a ser marino mercante.

Un pariente en buena posición y distinguido abogado, que tenía en la Habana, le animó y dió algunas facilidades para el ingreso en el cuerpo de Pilotos de la Armada, que aún existía; embarcándose el 7 de Abril de 1846, cuando aún no contaba 19 años, en el Navío Soberano de apostadero en la Habana.

Precisamente del 19 de Abril de 1846 es la carta de don Alberto Lista, y la última, del 3 de Abril de 1848, y en ellas se vé el empeño que el sabio matemático tenía en que su sobrino lograra ser guardiamarina, pues el cuerpo de Pilotos de la Armada se suprimió por decreto de 23 de Octubre de 1846.

A pesar de esto, y gracias a lo que ya se había distinguido, quedó Aragón embarcado, y el jefe superior del apostadero de la Habana hizo una exposición al Gobierno, indicando la conveniencia de que continuara en la Marina de Guerra, diciendo, entre otras cosas, que *«la adquisición de este joven sería muy ventajosa para la Armada, por su aplicación y demás recomendables circunstancias»*. Consiguió con esto ser nombrado Meritorio de Marina; pero hacia Julio de 1850, después de briliante examen en la Habana, no consiguió ser Guardia Marina; regresando a la Península para sufrir el examen final en 1852; siendo, por fin, promovido a Alférez de Navío en Abril de dicho año.

Durante todo ese tiempo de sus estudios, que permaneció en América, navegó en distintos buques, recorriendo en distintas direcciones el mar de las Antillas y visitando muchos de sus puertos. Pero, como dice muy bien su biógrafo y amigo entrañable, el contraalmirante don Vicente Montojo (1), «los deberes del servicio no le impedían el cultivo de las ciencias»; y dió gallarda muestra de su laboriosidad y su aprovechamiento, en un folleto que escribió, titulado *«Ensayos matemáticos sobre Cosmografía y Navegación»*; tradujo del francés el *«Tratado de la estiva»* de Mr. Lu-

(1) «Revista General de Marina publicada por el Depósito Hidrográfico» -T. XXXV—1894, -pág 611. — «Necrología. —Don Rafael de Aragón y Rodríguez, Capitán de Navío de 1.ª clase de la Armada.—Nació en Sevilla, en 21 de Julio de 1827—† en 7 de Julio de 1894, en Cádiz».

geol. y del inglés un «*Tratado sobre huracanes*», y otro de «*Ejercicios de cañón*». Su conocimiento del inglés le permitió servir de intérprete en una comisión que el vapor Pizarro desempeñó en los Estados Unidos.

No vamos a detallar sus servicios, que fueron muchos en ese tiempo anterior a su promoción a oficial, como fué el arrojo con que se lanzó a extinguir un incendio que se había producido en el pañol de la pólvora de la fragata Esperanza. Limitaremos esta noticia biográfica a indicar algo de lo más saliente, en especial, de su labor científica.

A poco de ascender a oficial se le encargó de las observaciones astronómicas en la comisión que a bordo de la corbeta ferrolana había de rectificar las situaciones del litoral de la Península.

Destinado después a Filipinas, fué en 10 de Agosto de 1856 encargado del mando de las falúas que constituían la división de Pollok, aprovechando las facilidades que el cargo le daba para hacer un estudio de las costas, documentando y delineando notables trabajos hidrográficos del seno de Davao, y estudiando también las razas del país: haciendo interesantes acuarelas de ellas (1) y redactando una *Memoria, proyecto de colonización del Sur de Mindanao*, que en compañía de ejemplares de los productos espontáneos del país, la canela entre ellos, trajo a la Península y presentó al Gobierno, mereciendo grandes elogios; pero se archivó sin publicarse, al menos con su firma, pues a trozos, algunos copiados a la letra y con firmas diversas, decía el autor que la había visto en letras de molde bastantes años después.

Nombrado Profesor de la Escuela Naval, volvió a la Península; pero por el estado de su salud no llegó a ocupar el cargo, siendo poco después destinado al navío Francisco de Asís con el de encargado de los Guardiamerinas y de la derrota del buque.

Su labor científica más importante fué la realizada después de ascender, en Marzo de 1859, a Teniente de Navío, cuando le fué confiado el mando del vapor Bazán y Comisión Hidrográfica del mar de las Antillas: trabajo que empezó en 23 de Julio de 1860 y terminó, con algunas intermitencias, en Agosto de 1862. «Rectificó (dice Montojo) y corrigió completamente la costa septentrional de Cuba, desde Punta de Maternillos a Punta Maissy, y la meridional desde Punta Maissy a Santiago de Cuba, por medio de inmediatas situaciones, determinadas astronómicamente: observó, en to-

(1) Su hija doña Dolores conserva diez y seis de estas acuarelas representando tipos filipinos, chinos y malayos. Tiene además otras dos que representan, una un *barco de flores* de Cantón, y otra el Navío Soberano.

dos los puntos, las mareas y variaciones de la aguja, detalló minuciosamente una considerable extensión de ambas costas por triangulaciones; determinó la elevación de alturas marcables; levantó los planos de diferentes puntos y fondeaderos; dibujó un álbum de vistas de la costa, para su más fácil reconocimiento, y situó astronómicamente los faros de Santiago de Cuba, Punta Maissy, Punta Lucrecia, Punta de Maternillos, Cayo Balna de Cádiz, Cayo Cruz del Padre y Cayo Diana; rectificando además, por orden de la Dirección de Hidrografía, el plano del puerto de Sagua la Grande». Tan notable trabajo, que fué acompañado de una detalladísima *Memoria* explicativa, llamó extraordinariamente la atención de los técnicos, y al ser conocido por el Almirantazgo Inglés, tomó éste el acuerdo de desechar las situaciones deducidas, pocos meses antes, por el vapor de guerra de su nación *Hielva*, aceptando las de la Comisión española y mandándolas publicar en su *Aviso a los Navegantes*, de 14 de Enero de 1862, del que remitió directamente un ejemplar a nuestro biografiado.

Aún desempeñó Aragón en América otros servicios de importancia, como una misión reservada en la Isla de Santo Domingo, y a poco vino a la Península a mandar el apostadero de guardacostas de Algeciras; pero este cargo era sólo preparatorio para una importante misión. España trataba entonces de ocupar un puerto en el Mar Rojo, que sirviera de apoyo a la navegación de que Filipinas necesitaba, con el más absoluto secreto, estudiar la costa y designar el punto que había de ocuparse. Aragón fué encargado de tan delicado asunto, y para su preparación empezó por aprender el árabe vulgar, durante su tranquilo mando de Algeciras, que para esto se le dió, valiéndose de un profesor moro de Marruecos.

Cuando a los pocos meses estuvo preparado, partió para Egipto, haciéndose pasar por comerciante de cafè. Recorrió toda la costa circundante del Mar Rojo, sin que nadie sospechara su objeto, y sin tener contacto más que con los naturales del país; tomó cuantos datos fueron necesarios, y regresó a España, presentando al Gobierno un estudio completo de lo que se deseaba y, en especial, del puerto designado para ocuparse. Su trabajo en tan peligrosa misión, mereció grandes elogios; pero nada llegó a hacerse.

Poco después pasó de nuevo a Cuba, prestando importantes servicios durante la primera insurrección, unos de orden militar y otros de naturaleza diferente, como fué la contratación y construcción de treinta cañoneros en Nueva York; sosteniendo allí un

pleito en nombre del Estado Español y consiguiendo que los buques estuviesen navegando con rumbo a Cuba, quince días antes de espirar el plazo de su entrega, que era precisamente lo que se había querido evitar al promover el pleito. Este y otros servicios análogos motivaron el que por la superioridad se le ordenara redactar una *Memoria*, detallando todas sus gestiones en los asuntos de referencia, que fué publicada oficialmente.

Habiendo quedado muy quebrantada su salud, regresó a la Península, recorrió en uso de licencia varias capitales de Europa, Roma entre ellas, y ya repuesto, estuvo destinado en el Ferrol, de donde, en 10 de Agosto de 1873, salió con el mando interino de la fragata Carmen, de la que luego quedó de segundo para incorporarse a la escuadra que mandaba el Almirante Lobo. Apenas incorporado, se le destinó en comisión, con el vapor Colón y la goleta Prosperidad, a visitar los principales puertos de Marruecos, para que, enmedio de las revueltas que había con motivo de la muerte del Sultán, no se quebrantara el respeto al pabellón español. A su regreso y ya en su cargo de segundo jefe de la fragata Carmen, asistió a los combates sostenidos contra los cantonales de Cartagena.

Obtuvo luego el mando de la escuadrilla que operaba en las bocas del Ebro contra los carlistas, prestando importantes servicios marinomilitares; hasta que fué dominada la insurrección en aquella zona; ocupando después destinos en Canarias, Cádiz y Costa Cantábrica, y volviendo en 1878 a Cuba, donde permaneció dos años.

En Febrero de 1880 se le asignó el mando de la división naval del Sur de Filipinas, que comprendía las estaciones de La Isabela, Soló, Pollok y Davao, en cuya región tan buenos servicios había prestado en su juventud.

Allí permaneció hasta 1883, haciendo una labor intensísima, estableciendo relaciones con el Sultán de Joló y los distintos jefes de aquellos pueblos, haciendo respetar por todos el pabellón español, atrayendo a los naturales y ganando sus simpatías, haciendo una exploración del Río Grande de Mindanao y sosteniendo, cuando necesario fué, no pocos combates.

Por orden especial del Gobierno, fechada en 4 de Enero de 1882, ocupó y fundó establecimientos fortificados en varios puntos de Joló y Tawi-Tawi, haciéndolo inmediatamente en Bongao y Siasi, y más tarde en Catán, después de haber soportado la terrible epidemia de cólera morboasiático que asoló aquella región en 1882, y durante la cual, con su celo y caridad, fué la providencia de los

pueblos y tropas; y de haber hecho también, en combinación con el ejército de tierra, una campaña en Joló.

En Agosto de 1883 regresó a la Península, desempeñando a poco el cargo de Comandante de Marina y Capitán de Puerto de la Habana.

El último destino activo que desempeñó fué el de Presidente del Tribunal de exámenes para el ingreso en la Escuela Naval, en 1888, como si la suerte hubiera querido que el que tantas dificultades encontró para ingresar en el cuerpo en que hizo su carrera, y sólo a fuerza de un incontrastable mérito pudo vencerlas antes de pasar a la vida tranquila y sosegada que por su edad le correspondía, fuera encargado de escoger una generación de futuros marinos. Muy comentados fueron aquellos exámenes, y por cierto que formaron parte de esos comentarios infinitas alabanzas, precisamente de aquellos que, sin precedentes ni apoyos de ninguna clase y fundados sólo en su talento y su trabajo, aspiraban a vestir el glorioso uniforme del botón del ancla.

Cumplida la edad reglamentaria para el retiro, fué ascendido, en atención a sus muchos méritos, a Capitán de Navío de 1.ª clase, pasando a la Escala de Reserva. Fijó su residencia en Cádiz, donde, víctima de los padecimientos contraídos en las campañas ultramarinas, falleció el 7 de Julio de 1894.

Como nota final añadiremos que además fué D. Rafael de Aragón cultivador de las musas; conservando su hija D.ª Dolores más de veinte poesías suyas, algunas de indiscutible mérito, habiendo sido varias de ellas publicadas en periódicos de la Habana.

CARTAS DE LISTA.

1.ª—«Sr. D. Rafael de Aragón.—La Habana».

«Sr. D. Rafael de Aragón.—Sevilla 19 de Abril de 1846.—Mi querido sobrino: Recibí la tuya del 15 de Febrero con el placer que puedes imaginar por saber de tu feliz viaje y buena salud. Aquí hemos tenido el pesar que ya habrás sabido por tu Mamá de la pérdida de mi sobrina Justa, que falleció a principios de Enero de su asma habitual, exacerbada por una pulmonía. Los demás continuamos con buena salud.

»La semana pasada recibí del ministro de Gracia y Justicia un oficio en que me anunciaba haberme nombrado S. M. para una canongía de la Santa Iglesia de Sevilla. Me he alegrado de ello, por que siempre es un honor, aunque no es cosa lucrativa.

»No conozco los medios de que puedes valerte para pasar de

la marina mercante a la Rl. Armada. La primera, ciertamente no es para tí; pero dudo que consigas tu objeto.

»En el estado actual de tu edad y de tus conocimientos, solo me parece que puedes aspirar por tí solo a dos carreras: la de comercio y la del profesorado de matemáticas. La primera es más lucrativa: la segunda, que en esa parte del mundo lo es también, es más acomodada a tu carácter y a tu afición a los trabajos literarios. La de la Marina Real es más laboriosa aunque más divertida. Al fin, si la puedes lograr no me pesará.

»D. Félix Panco, que me entregó la tuya, salió la semana pasada, de esta ciudad para la Corte. Avísalo a su hermano D. Diego, cuya amistad te aconsejo que cultives. Yo pienso escribirle con extensión, cuando me halle libre de las ocupaciones nuevas, que son necesarias para recibirme de canónigo, y que añadidas a las del colegio y de la Universidad, me dejan muy poco tiempo libre.

»A Dios, Rafael mío. Dios te haga tan feliz como desea tu amantísimo tío.—Alberto Lista. (Autógrafa toda la carta).

2.ª—Sr. D. Rafael de Aragón.—Sevilla 10 de Agosto de 1846. Mi querido Rafael: Recibí tus dos apreciabilísimas de 22 de Mayo y 7 de Junio del presente año. Ya sabía yo la variación ventajosa de tu suerte y las esperanzas lisonjeras que presenta para lo futuro, por una carta, bastante larga, de tu excelente tío a tu madre y hermana suya. Me es imposible explicarte el placer que he recibido con estas noticias y las enhorabuenas que, por ello, me he dado a mi mismo. Ya ves premiada tu aplicación y amor al estudio y al cumplimiento de tus deberes: si éste premio lo has recibido tú antes que otros, eso debe ser un motivo más para redoblar tu celo y tu aplicación a efecto de distinguirte en la carrera que has entrado. No te falta inteligencia: gozas de la protección que antes no tenías. Culpa tuya sería, si no eres con el tiempo un hombre célebre.

»Dos estudios debes emprender con mucho tesón y a la par: el de la práctica de la Navegación militar en todas sus partes y el de la Mecánica e Hidráulica, que bien hecho, fijará tus conocimientos en los cálculos diferencial e integral. En tu carta a tus primos, dices que no has podido dibujar la vista de la Aguadilla, en Puerto Rico. Es menester vencer la dificultad. Un buen navegante ha de formar dibujos de todas las cosas que llamen su atención: pero principalmente de las vistas de las costas desde el mar, proyectadas en un plano vertical, pues a veces estos dibujos dan a conocer las tierras que se tienen delante. En los viajes de Cook y Bou-

ganville, de Dampiérre y de otros habrás encontrado esos dibujos (1). Apenas halles quien te pueda enseñar esa clase de delineación, debes dedicarte a aprenderla.

»Me parece inútil que yo te aconseje huir como de una serpiente de los vicios y pasiones. Por ahora no debe haber en tí más pasión que la de instruirte. La experiencia te ha enseñado cuánto tesoro de conocimientos útiles se adquiere con el trabajo asíduo y no interrumpido.

»Graba en tu corazón, para que no se borren jamás, los principios religiosos que has recibido en tu educación. Ellos son el más seguro preservativo contra los vicios, siempre infaustos, pero que para tí, en tu situación actual, serían mortales.

»Cuando vuelvas a la Habana, aunque sólo sea por 24 horas, te encargo dos cosas: Primera: Una visita en mi nombre al Sr. Primo de Ribera, dándole las gracias más expresivas, también, en mi nombre, por todos los beneficios que te ha dispensado. Segunda: que hagas a tu excelente tío un ofrecimiento de mi casa, de mi persona y de mi amistad. Quien tanto ha hecho por tí, es acreedor a todo mi cariño.

»Ya habrás sabido la muerte de mi querida Justa, que ha dado a esta casa un aspecto triste y sombrío, igualmente que a nuestros ánimos. Solo el tiempo cura esta clase de heridas. Toda esta familia te da enhorabuenas por tu actual estado y te desea todo género de felicidades para lo sucesivo.

»Y más que todos yo, que a los vínculos de la sangre añado los no menos fuertes de la paternidad de la enseñanza.

»A Dios, hijo mío: te ama con todo el corazón tu tío. —Alberto Lista.—(Autógrafa toda la carta).

FRANCISCO DE LAS BARRAS DE ARAGÓN

(Concluirá).

(1) Aragón tuvo desde niño gran afición a leer viajes, para lo cual le favoreció el disponer de los que existían en la librería de Hidalgo y Compañía, que dirigía su tío, mi abuelo materno, D. Manuel de Aragón. Esto era, sin duda, conocido por D. Alberto Lista.

NOTICIAS.

La Academia acordó colocar en la Iglesia de la Universidad una lápida en que se haga constar el sitio donde reposan los restos mortales del cantor de las Ruinas de Itálica, Rodrigo Caro.

El Ilmo. Sr. Rector de la Universidad ha dado traslado a la Academia de la R. O. dictada por el Ministro de Instrucción Pública, con dicho motivo, la cual dice así: «Vista la comunicación dirigida por el Rector de la Universidad de Sevilla a este Ministerio solicitando autorización conforme al deseo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, para colocar en la capilla de aquel centro docente una lápida en que se haga constar el lugar en que reposan los restos mortales del escritor sevillano Rodrigo Caro: = S. M. el Rey (q. D. g.) considerando muy fundado y plausible el acuerdo de la mencionada corporación y hallando por tanto justificada la petición que el Rector de la Universidad transmite, ha tenido a bien la colocación de dicha lápida, según se pretende, como piadoso recuerdo rendido a la memoria del eximio escritor, y para perpetuar a la vez el conocimiento de su nombre».

—

El lunes 19 de Febrero se celebró en la Iglesia Parroquial de San Miguel una solemne misa de requiem por el eterno descanso del alma del Sr. D. Eloy García Valero, académico preeminente y Censor que fué de la corporación.

—

En sesión celebrada el Viernes 23 de Febrero fué elegido Censor de la Academia el Sr. D. José Moreno Maldonado.

—

En sesión celebrada el viernes 16 de Marzo fueron elegidos

individuos de número, los señores don Antonio Muñoz y Torrado y don José Muñoz San Román.

—

En sesión celebrada el viernes 23 de Marzo, el académico electo don Ramón de Manjarrés y Pérez de Junquitu dió lectura de su discurso de ingreso, el cual fué aprobado por unanimidad. Se designó al académico numerario don Santiago Montoto y de Sedas, para que le conteste en nombre de la corporación.

—

Ha sido nombrado académico correspondiente en el extranjero el Sr. D. José M. Pérez Sarmiento.

—

En sesión celebrada el viernes 16 de Marzo, el secretario primero de la corporación, don Luís Montoto y Rautenstrauch, dió lectura de la necrología de don Manuel Cano y Cueto, Director que fué de la Academia, escrita en cumplimiento de acuerdo de la misma e impresa a sus expensas.

—

En la sala de actos de la Academia se ha colocado un retrato al óleo del Excmo. Sr. don Manuel Cano y Cueto, debido al pincel del reputado artista sevillano don Francisco Narbona.

ANALES DE SEVILLA

Anales de Sevilla

Sacados de los apuntamientos que para continuar
los Anales de Sevilla de

ORTIZ DE ZÙÑIGA

ordenaba el

Dr. Don Luís Germán y Ribón

Presbítero, fundador de la

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS



1917

Tip. "La Exposición" Federico de Castro, 18.

SEVILLA

ANALES DE SEVILLA.

NOTICIAS SACADAS DE LOS APUNTAMIENTOS QUE PARA CONTINUAR LOS ANALES DE SEVILLA, DE ORTIZ DE ZÚÑIGA, ORDENABA EL DR. DON LUIS GERMÁN Y RIBÓN, PRESBÍTERO, FUNDADOR DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

AÑO 1672.

El Arzobispo Don Ambrosio Espínola trajo, para hacer misión, a los Padres Tirso González, Juan Guillén, Juan de Losada y Francisco de Gamboa; y la empezaron Miércoles de Ceniza en la Catedral, continuándola después en el Sagrario, demás Parroquias y Casa Profesa.

En el Bautismo de los moros tuvo gran parte el venerable señor don Miguel de Mañara, y la disposición de la función corrió a su cuidado. Ejecutóse Domingo 8 de Mayo.

1679.

Habiendo dado el Concejo licencia para las Comedias, el venerable señor Mañara escribió a don Carlos de Herrera Ramírez de Arellano, camarista que había sido, asistente, la admirable carta que fué causa de que se suspendiese dicho permiso; y falleció muy poco después, en 10 de Mayo.

1680.

A 9 de Octubre, el temblor de Tierra: duró siete minutos, sin ruína de edificio alguno en Sevilla; pero que causó estragos en otras partes. Por él hacen todos los años fiesta votiva ambos Cabildos, en la Catedral.

1681.

Don Juan Santos de San Pedro, canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia, fué electo Obispo de Almería, y pasó a tomar la posesión en fin de Mayo. También pasó a abad de la Colegial de Baeza el prebendado don Pedro de Olea.

1682.

Procesión General de Acción de gracias por haber Nuestro Señor preservado a Sevilla de la peste, en 22 de Febrero, Domínica Segunda de Cuaresma. (Se duda si fué este año o el venidero, y puede averiguarse por dicha Domínica.)

1689.

A 20 de Diciembre nevó, aunque en poca cantidad, después de las ocho de la noche.

1690.

Se estrenaron las rejas que se ponen al rededor del Monumento: costaron 24.456 reales vellón, que dió el Capitán don Juan Pérez Caro, como otras cosas al Cabildo, quien, agradecido, le concedió sitio para su sepultura, delante de la Capilla de San Pablo. Fué hijo del Licenciado don Antonio Pérez Caro, natural de esta Ciudad.

Empezaron a salir los Rosarios de hombres por la calle, en el orden siguiente: De San Bartolomé a 17 de Junio: La Cruz del Rodeo a 23: San Julián en 26 de Julio: San Esteban en 27: el Sagrario en 28 de Agosto: San Salvador en 31: San Juan de la Palma en 2 de Septiembre: San Vicente en 31 de Octubre: San Andrés dicho día: San Gil 16 de dicho: Santa Catalina en 18: San Román a 22: San Martín dicho día: San Pedro dicho día: Santiago el 26: San Nicolás el 27: San Marcos el 28: Señora Santa Ana, de Triana, a 1.º de Noviembre: San Isidoro a 5: Santa Cruz dicho día: Nuestra Señora de los Angeles a 9: San Roque a 22: San Miguel a 29: Santa Lucía a 30: San Lorenzo a 8 de Diciembre: Omnium

Sanctorum a 14: San Bernardo a 30: San Jacinto a 8 de Enero del siguiente: La O dicho día: La Magdalena a 20: San Ildefonso a 23 de Marzo: Santa Marina: Santa María la Blanca: San Pablo se pone aquí porque se duda si fué el primero. Todos fueron haciendo costosos simpecados. El Sagrario se mantuvo sin él muchos años, hasta el de 1734.

1691.

A 3 de Mayo, fué la quema de la Montería. El daño que hizo el fuego en la Contratación llegó a ocho mil ducados.

En 30 de Octubre se eligió para la Canongía Lectoral a don Vidal Marín, después Obispo de Ceuta e Ynquisidor general.

Salió el río por Noviembre, y con las muchas lluvias, la nueva Iglesia de San Pablo, que estaba ya al cerrar de los arcos humedecidas las mezclas, se hundió en 1.º de Diciembre, a las 10 de la noche.

1692.

Celebró la canonización de San Juan de Dios su convento, día 8 de Marzo, y seguidamente hicieron fiesta el Cabildo Eclesiástico y las Comunidades de San Pablo, San Francisco, El Carmen, la Merced, La Casa Profesa, los Trinitarios Calzados; el último día, la Ciudad.

Domingo 16, salió en procesión. Las Religiones llevaban sus Patriarcas; pero los Trinitarios, Carmelitas y Jesuítas no tuvieron lugar en ella. Los Agustinos a nada concurrieron, porque cuando celebraron la de San Juan de Saagun, no convidaron a los de San Juan de Dios.

A 22 de dicho mes, entre 10 y 11 de la noche, hubo temblor de tierra, que repitió dos veces, pero sin daño.

Se estrenó la Custodia de plata de la Parroquia de la Magdalena, y costó 15 mil pesos.

Remedióse la bóveda de la Capilla Mayor del Sagrario, que amenazaba ruina por su excesivo peso: cuya obra duró hasta Febrero de 94, costando nueve mil ducados.

1694.

Se colocó el Santísimo en dicha Capilla Mayor del Sagrario, con celebridad durante los tres días de Carnestolendas, que se terminó con procesión de la Hermandad.

A 10 de Diciembre murió la venerable Viuda Isabel de la

Cruz, natural de Guillena, Tercera de San Francisco, la cual atribuía sus cosas milagrosas a su Niño Jesús. Tiénese, que el Maestre de Campo General don Francisco Tello y Portugal debió a sus oraciones su hija única, a quien puso Isabel; y habiendo don Francisco ensordecido, acudió a la venerable madre, que le dijo: *Partamos la sordera*, y cada uno quedó sordo de un oído. Cuando murió estuvo flexible; se le hicieron honras con sermón, y yace en la casa grande de San Francisco.

A 30 de Noviembre murió en Cádiz el señor Barzia, su Obispo, que había sido prebendado de Sevilla y renunciado las mitras de Canarias, Astorga, Granada y Toledo.

Este año se labró la colgadura, palio, almohada y corona que sirven de adornos al Monumento de la Catedral.

1696.

Una mujer, llamada María Palomo, tenía oculta una niña que robó 8 años había, manteniéndola con cortezas de pan y cáscaras de frutas, y sin vestido alguno. Súpose por casualidad, y fué presa en la Cárcel Real, donde se ahorcó ella misma, y quedó sin justificar el fin que llevaba en ello.

1697.

Bendijo el Arzobispo la Iglesia de los Venerables Sacerdotes.

El año antecedente, a principio de Diciembre, murió en Santo Tomás el Maestro Fray Diego Lince, su regente jubilado; nació en Galovay en Irlanda; fué docto en Filosofía y Teología, como lo acreditan sus escritos, de que hay impreso el Curso de Artes.

1699.

Falleció en 19 de Agosto el Cardenal Aguirre, monge benedictino. Tuvo en esta Iglesia ración, canonicato, priorato de las ermitas y la dignidad de Maestre-Escuela.

A 10 de Octubre fué consagrado por el Arzobispo la Iglesia del convento de los Remedios; y aquella tarde se trasladó el Santísimo de la Iglesia antigua, y al día siguiente hizo fiesta el Cabildo Eclesiástico, a que siguieron otras de varias hermandades y personas afectas; y la hizo también el colegio de Santo Tomás, por la hermandad que tiene.

1700

Las religiosas Capuchinas entraron en esta ciudad a 20 de Enero; vinieron de Zaragoza, y en 14 de Agosto se estrenó la capilla de la Estrella.

Día 2 de Diciembre, murió el señor Arzobispo don Jaime de Palafox a los 61 años de su edad. Se mortificaba mucho, vestía toda su ropa, hasta la camisa, de lana, y comía pescado. A su Iglesia dió grandes alhajas. Labró las Capuchinas; y en el Hospital de calle Colcheros la enfermería de éticos. Trajo a los padres de San Felipe Neri y les ayudó mucho para su casa e Iglesia. Tuvo intención de juntar Sinodo. Visitó personalmente tres veces el Arzobispado, dando muchas alhajas a las parroquias. En los Venerables fabricó aposentos para locos. Era natural de Ariza, 20 leguas de Zaragoza, hijo del marqués de este título, y sobrino del venerable don Juan de Palafox; fué Menino de la reina doña María de Austria, Rector de Salamanca, donde estudió Leyes, Prior de Santa Cristina, Dignidad de Zaragoza y Arzobispo de Palermo. Estando allí no quiso el Obispado de Placencia, ni el Arzobispado de Zaragoza. Entró en Sevilla y tomó posesión de su Iglesia a 14 de Abril de 1685. Fué sepultado en el panteón del Sagrario en 5 de dicho mes de Diciembre.

También había fallecido en 31 de Agosto en Madrid el insigne sevillano don Juan Lucas Cortés de más de 76 años. Estudió gramática y artes en Santo Tomás de esta ciudad y luego pasó a estudiar leyes a Salamanca; fué después a Flandes y allí aprendió varias lenguas. Recibióse de abogado a su vuelta a Sevilla donde formó una selecta librería y frecuentaban en su casa don Nicolás Antonio, el doctor Ciruela, el oydor don Juan Suárez de Mendoza y otros muchos eruditos. El asistente don Pedro Niño de Guzmán, Conde de Villa-Humbrosa le llevó consigo a la Corte, donde se dió a conocer y a estimar, siendo Teniente de Corregidor, Alcalde de casa y Corte y, ultimamente, de los Consejos de Indias y Castilla &. Escribió la vida de San Fernando y muchas cosas tocantes a Sevilla y a este reino, que no se han publicado.

1702.

En 2 de Febrero se colocó el Santísimo en la Iglesia de la O. en Triana, con cuyo motivo hubo un solemne octavario, y el Cabildo Eclesiástico hizo por diputación de la primera fiesta.

Tomó posesión en 24 de Mayo el Arzobispo don Fray Manuel Arias y Porres, natural de Alaexos en el Reino de León. Entró en

la religión de San Juan de 16 años; fué secretario del Gran Maestre, Canciller Elector y Comendador de Benavente, Porto-Marín, el Viso, Yévenes, y Quiroga, Bailio de Olmos, Teniente del Gran Prior de Castilla, Embajador de nuestra Corte, dos veces, Presidente de Castilla, y de la Junta de Gobierno de estos Reinos, que dejó nombrado Carlos 2.º, del Consejo de Estado de Felipe 5.º&.

1704.

Lunes 28 de Julio, murió don Antonio Riquelme, Presbitero, natural de Sevilla; fué sepultado en Santa Ana de Triana; dejó M. S. las obras siguientes:

Diario General de todo el Mundo.—Anales Tropologici. Epítetos de la lengua castellana. —Memorias cronológicas de España.—Anni emortuales, sive obitus multrium virorum.—Vida del venerable Juan Caballero.—Diarum Cronologicum Orbis.—Cronografía Sacra Hispana.

El convento de la Victoria de Triana, que se había acabado a 22 de Octubre, se quemó el 23 en la mayor parte, pereciendo toda la iglesia y un dormitorio. Dimanó el fuego del descuido del sacristán que dejó mal apagadas una vela en los cajones de la sacristía.

1705.

Pasó a mejor vida el venerable Padre Fray Diego Pérez, mínimo en dicho convento de Triana, a 20 de Octubre.

Don Vidal Marín fué promovido Obispo de Ceuta; y don Andrés de Soto, que era Inquisidor de la Suprema, a Osma.

1706.

Hubo varias procesiones por los buenos sucesos de la Monarquía. De Santa Ana de Triana salieron algunas; y en Sevilla, la Virgen de la Antigua de San Pablo, y Nuestra Señora de la Estrella, hicieron estación a la Iglesia Mayor, de la que salió también la Imagen de la Sede.

Este año tuvo fin el traje de golilla.

1707.

Con el mismo motivo salió la hermandad de Nuestra Sra. del Pilar con su Imagen de la Parroquia de San Pedro en 24 de Enero, y de San Nicolás la del Soterraño a la Iglesia Mayor.

A 25 de Abril fué la célebre batalla de Almanza, por cuya victo-

ria van los dos Cabildos todos los años dicho día a San Marcos.

Renovóse la Iglesia del Convento del Carmen; a su estreno hicieron octavario el Cabildo Eclesiástico y religiones: la obra fué destecharla y hacer de nuevo la Capilla Mayor; y levantando una pared al lado del Evangelio, se descubrió una imagen antigua, con el título de Roca-Amador, y a su lado derecho la de San Juan Bautista, sobre cuyo descubrimiento escribió el maestro fray José de Haro de San Clemente, un papel pretendiendo probar que aquella Iglesia había sido de carmelitas, y que la pintura era de tiempo de godos. Lo impugnó cierto seglar, y dicho padre volvió a escribir. El padre Muñana, dominico, colegial de Santo Tomás, compuso también otro papel con el del Maestro Haro, con mayor fundamento, que no dió a luz.

Lunes 29 de Agosto murió el canónigo don Ambrosio de la Cuesta, que paseándose de noche cerca de la Puerta de San Juan, saltó por la muralla al campo y quedó casi muerto, pues apenas vivió dos horas; había nacido en esta ciudad a 17 de Abril de 1653, y le bautizaron en la Magdalena. Sus padres eran asimismo naturales de Sevilla y de familias nobles. Estaba escribiendo las vidas de los Arzobispos de ella; yace en la catedral, en la capilla de San Francisco.

1708.

El 7 de Abril se celebraron Cortes del Reino, las primeras que se juntaron los de Castilla y Aragón: después del primer lugar que tiene Burgos, siguió Zaragoza, alternando las ciudades de ambos reinos, y en segundo lugar Valencia: después de la cual sortearon entre sí las demás ciudades de aquella corona. Fué jurado en ellas el Príncipe de Asturias don Luís de Borbón.

1709.

En 12 de Abril murió don Valentín Lampérez, familiar que había sido de dos Arzobispos y catedrático de moral. El señor don Jaime le dió un canonicato, el cabildo de canónigos nombró a un Cardenal; devolvióle al Papa, quien lo proveyó en dicho don Valentín. Compuso diferentes libritos para los ejercitantes de Ordenes, el uno intitulado *Diciplina Vetus*. Adornó como se ve la capilla de San Laureano: dió seis capas Pluviales de tela bordada de oro a su cabildo y costeó para el Coro el oficio de los Santos Justo y Pastor, expendiendo en todo esto veinte mil ducados. Y también socorría mucho a las Capuchinas.

Don Juan de Loaysa, también canónigo, falleció a 9 de Mayo;

fué su albacea el Arcediano de Carmona don José de Céspedes, en cuyo poder pararon sus papeles, y se perdió el índice que había trabajado con mucho esmero, de los Anales.

(Nota al margen): el Indice se conserva en el Archivo de la Catedral, I tomo en folio.

En 14 de dicho murió don Jerónimo de Aranda y Guzmán, Capellán mayor de la Capilla de los Reyes, Canónigo y Arcediano de Sevilla, nacido en Torrejón de Velasco, hijo de don Juan de Aranda del orden de Santiago, natural de Sevilla, de donde lo fueron igualmente sus abuelos materno don Gonzalo Arias, del orden de Alcántara, Conde de Puño en Rostro, y doña Catalina de Acuña, hermana del Marqués de Maensa.

Y a 21 de Mayo pasó a mejor vida el Arcediano de Ecija don Agustín de Palafox, sobrino del Arzobispo don Jaime, hijo de su hermano el Marqués de Ariza, que se había criado en casa del dicho su tío. Yace delante de la capilla del Pilar.

1710.

Don Diego Ignacio de Góngora murió en 23 de Agosto.

Lunes 29 de Septiembre a las 5 de la mañana salieron once monjas del Convento de la Encarnación, de que es patrono el Cabildo Eclesiástico, y tiene la jurisdicción espiritual; y en forma de comunidad con Cruz y ciriales, presididas de su Abadesa, cubiertos los rostros, con gran compostura y modestia, por calle Dados, San Salvador, calle Chicarreros, plaza de San Francisco, calle de Génova, y se entraron por la puerta de San Miguel a la capilla de Señora Santa Ana. Allí acudieron muchas personas, y la Abadesa decía que eran venidas a tomar consejo de los Señores Deán y Cabildo, a quien estaban sujetas, para remediar la extrema necesidad en que se hallaban; pues habiendo enviado diferentes memoriales a el Cabildo y papeles a particulares, no habían merecido respuesta. Llegó el Deán, las hizo entrar en la Sacristía Mayor, y de acuerdo de algunos Capitulares, buscó coches y las envió a su Convento; muchas personas piadosas llegaron a la Abadesa y la dieron algunos doblones. Esto lo ocasionó la falta de los juros y ya todas habían vendido sus alhajitas; y fueron aconsejadas por hombres doctos. El Cabildo les envió trigo y dinero, y a la Abadesa la absolvió de el empleo, la privó de voz activa y pasiva, y a las que habían salido con ella; las restantes se habían quedado en el Convento, para cantar las horas y Misa; en aquel y los siguientes días acudieron muchas limosnas.

